

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 10

MÉXICO, MARZO 11 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25



¿ESTÁS PROMETIDA?--Cuadro de Eugenio de Blass.

El Exterior

Revistas Políticas y Literarias

- 1.—En el Africa Austral.
- 2.—Sic vos non vobis.
- 3.—En los Estados Unidos.

1.—Mucho de lo que está sucediendo en el Sur de Africa, lo habíamos previsto vosotros y yo, lectores; ni á vosotros ni á mí nos hizo caso el General Joubert y de allí ha venido el principio del fin; quizás se os ocurra la ligera observación de que siendo probable, (diremos modestamente, seguro), que el heroico anciano no haya tenido noticia de nuestras indicaciones, si no, como sabe las admirables disposiciones que para generales tenemos mis lectores y, sobre todo, mis lectoras y yo, claro es que nos habría hecho caso. ¿Y qué le aconsejábamos? Esto sencillamente: no pierda Vd. tiempo, mi General, no se disperse Vd. al través de todas las fronteras del Orange y del Natal la línea de defensa, amontónese Vd. sobre Lady Smith, haga Vd. lo que hoy ha hecho Lord Roberts, todo el mundo sobre un punto, todo boer sobre Lady Smith, que de esta "lady" pueda decirse lo que decía Quevedo de la famosa Doña Dinguindaina. "Fuimos sobre vos, señora, más gente que sobre Roma, con Borbón por Carlos quinto."

Aquí hubo un error primordial debido, sin duda, á que pareció impolítico no ceder al deseo de los orangianos de apoderarse del adamantino Kimberley y de su mayor diamante, la Estrella del Sur, como diría Julio Verne, el fulgurante Cecil Rhodes y de aquí resultó que, dividido entre los dos sitios el ejército republicano no pudo darse un golpe irresistible sobre ninguno de los dos puntos y hubo necesidad de formalizar los asedios y voló el tiempo y se dejó llegar á Methuen al Modder y á Buller al Tugela, casi á la vista de las dos plazas sitiadas é inmediatamente hubo necesidad de organizar la defensa de las líneas de sitio en las orillas escarpadas de los dos ríos, y así pasó la primera fase de la guerra, la que, á todo trance debieron aprovechar los bóeros, la de la inferioridad numérica de los ingleses; en cuanto estos se sintieron iguales en fuerza á los republicanos y empujados por la opinión inglesa friamente colérica (cólera blanca) á causa de los primeros desastres, comenzaron la serie de operaciones contra las tropas de cubierta, como los franceses dicen, y de aquí la serie de sangrientos descalabros de Mergersfontein y Colenso. Desde entonces las operaciones se redujeron á tentativas casi siempre terminadas en un fracaso; el heroísmo de los boers entusiasmó al mundo, y el pueblo inglés, muy admirado y muy poco amado, se sintió con flema y orgullo indementido, solo en medio de la antipatía universal. Pero de aquí todo podía resultar, menos la paz; Inglaterra no celebra un tratado sino en la tienda de campaña de la victoria; esperar otra cosa, era imposible, por desgracia.

La llegada de los generales más notables de que podía disponer la Gran Bretaña, al teatro de la guerra, y la inmensa aglomeración de refuerzos en sus manos, hizo comprender bien pronto que el tercer período se acercaba, el de la superioridad numérica de los soldados de S. M. Victoria.

Después de reforzar los dos ejércitos extremos y de impedir todo movimiento ofensivo en el Molder y el Natal, Lord Roberts pudo formar un ejército tan numeroso como cualquiera de los otros dos para operar sobre el centro seguro de que los boers poca cosa podrían oponerle. Mientras tanto toda la atención se concentraba sobre el viejo Joubert en el Natal en donde Sir R. Buller se rompía la cabeza contra los "kopjes" que cerraban el paso á Lady Smith. La línea de defensa era enorme, la aglomeración estaba en los extremos, frente á ciertos vados del Modder, se adelgazaba forzosamente y ahí acumuló el generalísimo un nuevo ejército lenta y concienzudamente; cuando él mismo se cercioró de que todo estaba listo, puso al frente de esta cuña de acero al más intrépido y decidido de los generales, á French, y lo lanzó entre Kronje y la capital del Orange, derecho sobre Kimberley con 20,000 hombres; el general republicano presintió la maniobra, pidió auxilios á Joubert, despachó su gran artillería y una parte de su ejército sobre Bloenfontein para concentrarse en la se-

gunda línea de defensa; él con la retaguardia, se ha visto que no llegaba á cuatro mil hombres, contenía á Methuen y trató de deslizarse entre French y Roberts; pero el primero desbarataba el asedio de Kimberley y ponía á Kronje entre Magersfontein, él y el generalísimo Methuen avanzó, Roberts cerró, French flanqueó y el triángulo se volvió un círculo de fierro en derredor de Kronje que quería aprovechar el cauce del río para escapar y que quedó en él clavado.

~*~

Sábase lo demás; diez días de resistencia contra un cerco de artillería que cañoneaba á los boers á quemarropa y al fin la rendición á un enemigo tan noble y cortés como asombrado de la proeza.

Rendido el general orangiano todo cambiaba; el terrible capricho del asedio de Kimberley sólo hubiera tenido explicación con el asalto y la captura rápida; ahora resultaba todo contraproducente. Resulta una excelente línea de apoyo, el ferrocarril del Orange á Mafeking, probablemente liberada ya, para invadir por el Oeste las dos repúblicas á través de un terreno bastante doblado, es cierto, pero mucho menos que el que ha sido preciso escalar á los ingleses.

Como tenía que suceder, el General Joubert, que estaba á punto de hacer sucumbir por inanición y enfermedad á Lady Smith, tuvo, primero, que debilitarse, enviando á un grupo considerable de burghers á socorrer á Kronje, y que acaso no tuvo tiempo de reunírsele; y luego al saber el desastre del General Orangiano, abandonó sus posiciones á lo largo del Tugela, que nunca habrían tomado los ingleses, y se ha reconcentrado á toda prisa, cubriendo el ángulo montañoso que forma el límite del Natal, el Transvaal y el Orange, y por donde difícilmente pasara Buller, y ha ido á ponerse al frente del ejército que se rehace en Collesberg, frente á los ochenta mil hombres que tiene á mano el feldmariscal Roberts. Si logra reunir allí cuarenta mil hombres siquiera, el avance inglés quedará contenido.

De todos modos, la humillación del amor propio inglés ha concluído; si deben su victoria á la circunstancia de haber acumulado sobre los republicanos una fuerza que les era seis ú ocho veces superior, las defensas de Kimberley y Lady Smith son gloriosas y admirables. El honor está salvado. ¿No sería bueno salvar la humanidad, tratando, sobre la base de la independencia de este pueblo holandés del Africa, tan digno, tan admirablemente digno de vivir libre?

~o~o~

2.—Todo el mundo ve la fría eficacia con que los rusos sin decir nada, sin frases ni amenazas, están aprovechando la concentración de la energía inglesa en el Sur de Africa, para avanzar su plan tradicional y formidable de hacer del continente asiático una dependencia moscovita. Tienen ya toda el Asia septentrional y gigantescas líneas férreas realizadas ó por realizar, surcan esta inmensa zona fría, por donde el golfo de Petchili, el vestíbulo principal de la China marítima quedará unido al Báltico; tienen lo principal del Asia central, es suyo el Turkestan, organizado militarmente y el Turkestan chino está bajo su vigilancia; el mar Caspio ha quedado encerrado en Rusia, menos por el lado persa. Ahora bien, Persia ha caído bajo la protección del imperio ruso; Rusia se encargará de facilitarle un empréstito que le permita pagar sus deudas á Inglaterra y de dotarla de ferrocarriles que, ligados con los rusos, le harán formar parte económica y pronto militar de la gran Rusia; la gran Rusia conquista así el derecho de asomarse por el golfo de Oman al mar índico, su ilusión más cara. Dueño ó semi-dueño de Persia, que borda el Afghanistan y el Beluchistán que lo separan de la India, el imperio del Tsar puede pensar en seguir pacíficamente su absorción; á dos ó tres jornadas de Herat está ya; dueño de esta población, la toma de posesión del Afghanistan entero será la consecuencia: el partido joven en Inglaterra (antes de la guerra boer) ha asignado los alrededores de Kandahar y de Kabul como el escenario de las luchas futuras, y están resueltos á disputar palmo á palmo el Afghanistan á los rusos; dadas las actuales circunstancias no lo podrían hacer. La india cuenta hoy con una guarnición escasa, que en tiempos normales llega á 75,000 soldados blancos y 15,000 indígenas, sin contar las guardias de los reyezuelos; en el estado espantoso de hambre y de peste

en que se haya la India de hoy, y de la que las más lúgubres crónicas de esas epidemias de la Edad Media, que acaban con una tercera parte de la población de Europa en pocos meses, apenas dan una idea, el ejército en la India casi sólo puede servir para mantener el orden en una población siniestramente exasperada por el sufrimiento sin esperanza. La lucha en el Afghanistan puede ser, pues, favorable á los rusos y dominada esta comarca y su prolongación al Sur, el Beluchistán, resultaría que tendrían flanqueada toda la cuenca del Indo á la que pugnarian por descender.

Admirables diplomatas los ingleses, ya que no han podido evitar lo que en Persia ha sucedido, tratan de crear á los rusos un terrible obstáculo en los mares chinos, y el día que los japoneses se decidan á disputar á los rusos la posesión de Corea, contarán con todo el apoyo directo del imperio británico. Pero el Japón no parece querer morder el anzuelo; el imperialismo tiene sin duda gravísimas molestias; es un sistema más glorioso que confortable.

De modo que de los pobres boers puede decirse, "sic vos non vobis;" creéis defender vuestra independencia, estáis defendiendo la hegemonía rusa en Asia.

~o~o~

3.—¿Por qué decía Lord Rosebery, cuya política según Morley, es el vino de Chamberlain embotellado con "la etiqueta" del liberalismo, por qué esta guerra con los boers nos ha revelado un odio general entre los pueblos civilizados? No hay tal odio; lo que acaba de decir elocuentemente Deschanel, el joven presidente de los diputados en Francia, el flamante académico, es una verdad; el pueblo inglés es profundamente respetable y admirable. Pero espanta que, al día siguiente de las teorías pacíficas de la conferencia de la Haya, provocase una guerra de dominación sin una sola circunstancia atenuante en favor del gigante que trataba de aplastar al débil.

Nadie ha aprobado en la Europa y la América sensatas, los insultos y los furros contra el pueblo inglés y la venerable dama que lo rige, y que está por encima de todo insulto y de toda falta de respeto. Pero en los mismos Estados Unidos, tan ligados hoy con Inglaterra, la opinión de la mayoría se ha colocado resueltamente del lado de los holandeses, al grado de que, el Presidente McKinley, parece resuelto á asumir la amistosa actitud del Presidente Faure en la lucha con España.

Los Estados Unidos pueden hacerlo, les toca hacerlo, y serían oídos. La pacificación muy laboriosa, pero segura de las Filipinas, el crecimiento estupendo del movimiento mercantil que se traduce por un exceso constante en las rentas, que pronto permitirán aliviar mucho los impuestos y que ha obligado al Tesoro americano, (que tiene por costumbre de amontonar los excedentes en sus cajas, substraéndolos á la circulación) á poner á la disposición de los banqueros como cien millones para dar pávulo á las transacciones, todo es indicio de que el partido republicano quedará en el poder, que el tipo oro será el definitivamente adoptado, y que el presidente actual será reelecto. El imperialismo americano ha triunfado; ¡que sepan los estadistas de la nación vecina hacer favorable este triunfo á la libertad humana, si no quieren que sea efímero! Amén.

Justo Sierra

HOC SIGNUM.

~o~o~

Secó sus ojos turbios el villano,
Y con paso medroso y vacilante,
Fué á postrarse ante un Cristo agonizante,
Símbolo eterno del tormento humano.

—“Piedad, Señor!”—Su labio palpitante
Por decir su dolor pugnaba en vano;
Y extendió el Cristo su llagada mano
Y brilló la piedad en su semblante.

—“Señor, venganza!”—En la profunda he-

(rida)

Abierta en un costado, una encendida
Gota de sangre apareció... El villano
Sonrió entre las sombras... En sus ojos
Había extraños resplandores rojos
Y una ancha daga en su crispada mano.

El Abanderado.

I

El regimiento estaba en batalla, sobre un repecho de la vía férrea, sirviendo de blanco á todo el ejército prusiano, amontonado enfrente, bajo el bosque. Se fusilaban á ochenta metros. Los oficiales no cesaban de gritar ¡acostaos! pero ningún soldado quería obedecer y el fiero regimiento seguía de pié, agrupado alrededor de su bandera. En ese gran horizonte del sol poniente, de trigos en espiga y de pastos de ganado, aquella masa de hombres, atormentados y envueltos en el manto inmenso de la humareda confusa, tenía el aspecto de un rebaño sorprendido á campo raso en el primer torbellino de un huracán formidable.

El hierro caía como una lluvia sobre el repecho, en donde no se oía sino la crepitación de la fusilería, el ruido sordo de las gábatas, rodando entre la fosa y las balas que vibraban eternamente de un extremo á otro del campo de batalla, como las cuerdas tendidas de un instrumento siniestro y retumbante. De tiempo en tiempo, la bandera que se alzaba sobre las cabezas, agitándose al viento de la metralla, perdíase entre el humo; y una voz grave y fiera, hacía oír, dominando el estrépito de las armas y las quejas y juramentos de los heridos, estas breves palabras: "A la bandera, hijos míos, á la bandera"... Entonces un oficial, vago como una sombra, ágil como una flecha, desaparecía un instante entre la niebla roja; y la heroica enseña volvía á desenvolver sus pliegues por encima de la batalla.

Veintidós veces había caído... Veintidós veces su asta, tibia aún, fué heredada de la mano de un moribundo por un valiente que volvía á levantarla. Y cuando, ya por la noche, lo que quedaba del regimiento—un puñado de hombres apenas—se batió lentamente en retirada, aquel pabellón ya no era si no un andrajo glorioso en manos del sargento Hormus, vigésimo tercio abanderado de la jornada.

humilde. Además, tenía el defecto de ser algo tartamudo; más para ser abanderado no se necesita gran elocuencia y la misma tarde de la batalla, su

donde rodaban los cañones sin dirección y donde las primeras tropas del mundo desmoralizábanse por el ocio y por la falta de víveres y de noticias, muriendo de fiebre y fastidio al pie de sus fusiles.

Ni los jefes ni los soldados creían ya en cosa alguna; sólo Hormus guardaba aún la confianza. Su harapo tricolor le hacía creer en todo; y mientras él lo sentía á su lado estaba seguro de que nada se había perdido. Desgraciadamente, como ya nadie se batía, el coronel guardaba las banderas en su casa misma, en un barrio de Metz, y el bravo subteniente vivía como una madre que tuviese á su hijo en nodriza, pensando en él sin cesar. Cuando

el fastidio lo atormentaba, hacía un viaje á Metz de donde regresaba contento, después de mirar su bandera, siempre en el mismo sitio, siempre tranquila, siempre recostada majestuosamente contra el muro. Esos viajes que él verificaba en una sola jornada, hacían nacer en su alma el valor y la paciencia; hacíanle soñar con

campos de batalla, con marchas gloriosas y con las grandes enseñas tricolores, flotando á lo lejos, en las trincheras prusianas...

La orden del día del Mariscal Bazaine, hizo rodar por tierra las bellas ilusiones. Una mañana, Hormus vió, al despertarse, mucha agitación en el campamento. Los soldados, reuniéndose en grupos, murmuraban, animándose y excitándose con gritos de rabia; levantando los puños hacia un punto de la ciudad, como si sus cóleras designasen á un culpable... ¡Atrapadle!... ¡Fusilémosle!... Y los oficiales guardaban silencio, apartándose del bullicio, avergonzados de haber leído á cincuenta mil valientes, bien armados aún, aún vigorosos, la orden del Mariscal que los entregaba sin combate al enemigo...

¿Y las banderas? preguntó Hormus palideciendo... Las banderas también han sido embargadas con los fusiles, con el resto de los equipajes, con todo...

¡Ra... Ra... Rayo de Dios!...—balbuceó el pobre hombre... En todo caso, aún no tendrán la mía... Y ligero como una bala, se echó á correr hacia la ciudad.

IV

También en Metz la animación era inmensa. Los guardias nacionales, los guardias móviles y los burgueses, se agitaban gritando; las diputaciones recorrían las calles vibrantes y precisadas, dirigiéndose á la casa del Mariscal.—Hormus no veía nada, no oía una palabra; hablando consigo mismo, subía á grandes pasos la calle de Faubourg.

¡Robarme mi bandera!... ¡Pues no faltaba más... ¡Acaso es posible robar una bandera!... ¡Acaso tienen derecho!... Si les quiere dar algo á los prusianos, que les dé lo suyo... sus carrozas doradas, su vajilla magnífica traída de México... Pero mi pabellón... El pabellón es mío... El pabellón es mi dicha, mi fortuna. Y yo prohíbo terminantemente que lo toquen!

Todas estas frases incompletas, estaban cortadas por la marcha y la tartamudez. Pero en el fondo, él tenía su idea; una idea bien firme, bien precisa: tomar la bandera, llevarla flotante al seno del regimiento y pasar luego sobre el vientre de los prusianos con todos los que quisieran seguirle.

Cuando llegó al fin de su camino, ni siquiera le dejarían entrar. El coronel, furioso también, no quería recibir á nadie... Pero el viejo Hormus no entendía así el asunto, y jurando, gritando y empujando al plantón, "mi bandera, decía, dadme mi bandera!"... Al fin se abrió una ventana.



coronel le dijo: "Tú tienes la bandera, mi bravo sargento; guárdala." Y sobre su viejo uniforme de campaña, bien pasado ya, á causa de la lluvia y el fuego, la cantinera sobrecosió, al instante, un cordoncillo dorado de subteniente.

Este orgullo, único en su vida de humildad, irguió el cuerpo del viejo militar; y la costumbre de andar encorvado, con los ojos bajos, se cambió desde entonces en el hábito de marchar orgullosamente, con la mirada en lo alto, para ver flotar el fragmento de tela que se mantenía en sus manos, siempre derecho, siempre fiero, por encima de la muerte, por encima de la traición y por encima de la derrota.

Nadie ha visto, en época alguna, un hombre tan dichoso como Hormus, cuando en los días de batalla tenía el asta entre las manos afirmándola en su estuche de cuero negro. Ni hablaba ni se movía; y serio, como un sacerdote, tenía el aspecto de guardar una cosa sagrada. Toda su vida y toda su fuerza estaban concentradas en esos dedos que se crispaban alrededor de un harapo glorioso, sobre el cual rodaban las balas. Sus ojos llenos de fiebre, miraban de frente á los prusianos, y parecían decir: "Atrevoos, pues; ensayad siquiera de venir á robármela!..."

Pero nadie, ni aun la misma muerte lo ensayaba. Después de Borny, después de Gravelotte, después de las batallas más terribles, la bandera continuaba su camino, deshecha, agujereada, transparente, llena de heridas; mas era siempre el viejo Hormus quien la llevaba.

III

Después... llegó Septiembre, el ejército en Metz, el bloqueo, y esa larga parada en el fango,



II

El tal sargento Hormus era un viejo tonto, que casi no sabía ni escribir su nombre y que había empleado veinte años en ganar los galones que adornaban la manga de su casaca. Todas las miserias del expósito y todos los atontamientos del cuartel, se reflejaban en su frente baja, en su espalda abovedada por el saco, en su rostro inconsciente de sol-

¿Eres tú Hormus?

Sí, mi coronel, yo...

Todos los pabellones están en el arsenal... no tienes necesidad sino de presentarte ahí para que te den un recibo.

—¿Un recibo?... ¿Para qué?

—Es la orden del Mariscal...

—Pero... coronel...

—¡Déjame en paz!... Y la ventana se cerró.

El viejo Hormus vaciló como si estuviese borracho y repitió entre dientes:

—¡Un recibo... Un recibo!

Al fin, púsose en marcha, por segunda vez, no pensando sino en que su bandera estaba en el arsenal y que era necesario volverla á ver, costara lo que costara.

V

Las puertas del arsenal estaban completamente abiertas para dejar el paso libre á los carros prusianos, que esperaban su cargamento en el patio inmenso. Hormus sintió, al entrar, que un escalofrío agitaba sus nervios. Todos los demás abanderados, cincuenta ó sesenta oficiales, silenciosos é indignados, estaban allí... Y todos aquellos hombres tristes, con las cabezas desnudas, agrupándose detrás de los enormes carros sombríos, daban á la escena un aspecto de entierro. La lluvia aumentaba la emoción de tristeza...

Los pabellones del ejército de Bazaine estaban amontonados en un rincón, confundidos sobre el suelo fangoso. Nada más terrible que el espectáculo de esos fragmentos de rica seda, pedazos de franjas de oro y de astas destrozadas, arreos gloriosos echados por tierra y manchados de lluvia y de lodo.—Un oficial de administración los iba cogiendo, uno por uno; y al nombre de su regimiento, pronunciado en alta voz, cada abanderado se acercaba para recoger un recibo. Derechos é impasibles, dos oficiales prusianos vigilaban el cargamento.

¡Y vosotros os ibáis así! ¡oh santos girones gloriosos! desplegando vuestros agujeros y barriendo tristemente la tierra, como banda de pájaros que tuviese las alas rotas! ¡Vosotros os ibáis con la vergüenza de las grandes cosas humilladas y cada uno de vosotros se llevaba un pedazo de la Francia!

El sol de las largas jornadas dejó su sello entre vuestras arrugas marchitas... Vosotros guardáis, en las marcas de las balas, el recuerdo de muchos héroes desconocidos, que cayeron muertos al azar, bajo vuestras franjas tricolores!...

Ya llegó tu turno, Hormus... Ahí te llaman... Ve á buscar tu recibo.

¿Se trataba de un recibo, cuando una bandera francesa, la más bella, la más mutilada, la suya, estaba delante de sus ojos?... El viejo sargento se figuraba estar aún allá arriba, de pie sobre el repecho de la vía férrea... Su ilusión le hacía oír el canto de las balas, el ruido de las gábatas que rodaban y la voz robusta del coronel: "A la bandera, hijos míos, á la bandera"... Luego sus veintidós camaradas muertos, y él, vigésimo tercio abanderado, precipitándose á su vez para levantar y sostener el pobre pabellón que vacila, falto de brazo... ¡Ah! ese día había jurado defenderlo, guardarlo hasta la muerte... Y ahora...

Sólo de pensarlo toda la sangre del corazón le subía á la cabeza... Ebrio, sin sentido, lanzóse sobre el oficial prusiano, arrancándole su enseña idolatrada para agitarla de nuevo entre sus manos; para levantarla aún, bien alta, bien recta y para gritar: ¡A la ban!... Pero su grito fué cortado entre su garganta... y sintió temblar el asta que se le escapaba de sus manos... En ese aire malsano,



no, en ese aire de muerte que pesa terriblemente sobre las ciudades rendidas, la bandera no podía flotar... Nada de orgulloso, nada de fiero podía vivir ahí... Y el viejo Hormus cayó fulminado...

ALFONSO DAUDET.

Paderewski

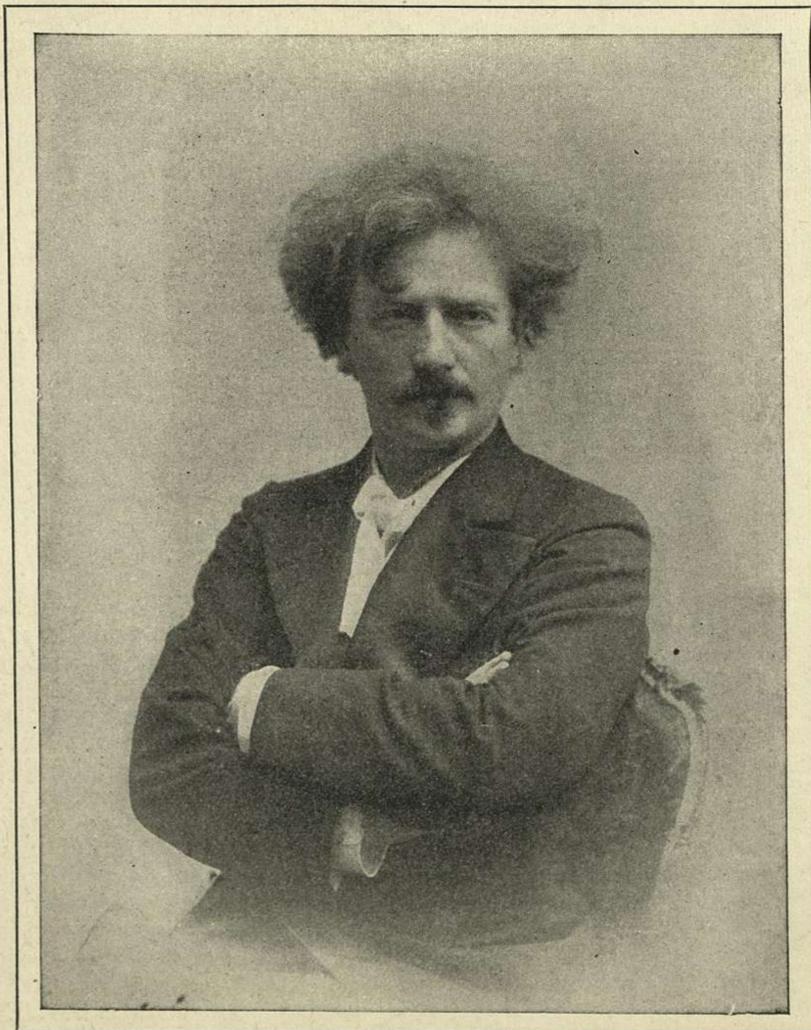
Ejemplo de lo que valen la laboriosidad y la constancia para llegar á la perfección, es indudablemente el célebre pianista que solo por dos noches consecutivas, la de ayer y la de hoy, provocará la admiración de los "amateurs."

En las notas biográficas que referentes á él hemos recogido, las dos circunstancias dichas resaltan en todos sus actos y lo caracterizan.

Paderewski nació en Podolien el 6 de Junio de 1859 y poco ó nada interesante se sabe de su infancia. Es más, hace cuatro años todavía, su fama de magnífico pianista no era universal, como hoy ha llegado á ser.

A la edad de 12 años ingresó al Conservatorio de Warsaw, donde estudió armonía y piano; revelaba desde luego buenas dotes y una dedicación asombrosa para cultivarlas, así es que no tardó en hacer progresos.

Deseando ampliar sus conocimientos pasó á Berlín donde continuó estudiando en la Nueva Academia de Música. En 1879, cuando solo contaba 20 años, fué nombrado Profesor de Piano del Conservatorio de Warsaw, donde comenzó sus



Ignacio J. Paderewski, célebre pianista.

estudios y permaneció en ese puesto hasta 1883, fecha en que emprendió una serie de viajes y dió sus primeros conciertos en Slavonia, Rumanía, Austria y otros puntos.

Poco tiempo después fué nombrado Profesor del Conservatorio de Strasburgo y en este empleo tuvo un raro rasgo de modestia que puede servir para valuar su amor al arte y su talento: en Viena llamaba entonces la atención el maestro Leschetitzky, y Paderewski reconociendo su mérito, renunció su puesto y fué á Viena con el fin de pedir al afamado músico lo admitiera como discípulo.

Siete meses de constante estudio fueron bastantes para que el maestro asegurara á Paderewski que su ejecución se había perfeccionado; pero esto no obstante, fué hasta 1887 cuando se presentó ante el público de Viena, que lo mismo que el de París en 1889 lo aplaudieron con verdadero frenesí.

Fué por este tiempo cuando recibió una decepción: emprendió un viaje á Londres y aquel pueblo que no acoje con entusiasmo sino á los artistas que ya conoce, lo recibió con tal frialdad, que en el primer concierto que dió, las entradas alcanzaron la ridícula suma de 300 marcos. Tal vez esto excitó el amor propio de Paderewski, pues siguió dando conciertos hasta que su mérito fué reconocido y tanto, que hoy es el artista predilecto de la aristocracia dondinese.

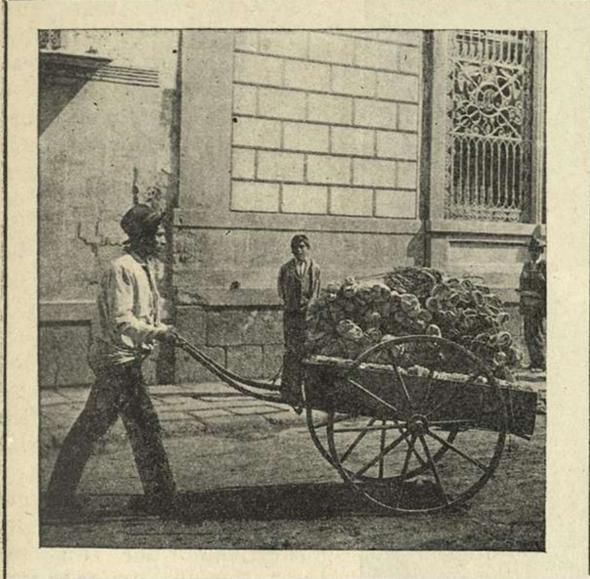
En cuanto á sus aptitudes, asegúrase que no tiene rival interpretando la música romántica de Chopin; como compositor muchas de sus piezas han alcanzado éxito y en cuanto á su carácter de boca en boca corren anécdotas que lo presentan como tipo excepcional: cuida extremadamente de su larga y espesa cabellera, consagra al estudio muchas horas diariamente; cuando viaja lleva consigo un piano miniatura y en él estudia durante la travesía.



NUESTRA METRÓPOLI.

LA CIUDAD TRABAJA.

Una ciudad, es siempre un símbolo de trabajo, y en las metrópolis la intensidad del trabajo es mayor, porque la competencia, con su poderosísi-



mo aguijón, impulsa á los hombres á multiplicar sus esfuerzos para poder triunfar y vivir.

Desde que los primeros fulgores del sol, después de haberse detenido por breves instantes so-

Y el trabajo de las ciudades está muy lejos de parecerse á ese otro trabajo, rudo tal vez y fatigante, pero sosegado y plácido, que se desarrolla en los campos, cabe las rubias sementeras, á la luz amplia y vivificante del gran sol que remueve las entrañas de la generosa tierra y fermenta las salubres emanaciones de la vacada. El trabajo de las ciudades es un trabajo nervioso y febricitante, una lucha material, en que el vencedor no puede ocultar nunca su victoria, ni el vencido su derrota. Es un trabajo que suele pasar por sobre millares de cadáveres, que suele ir tronchando ilusiones y esperanzas, que va caldeado por las pasiones más intensas y que de las frentes fatigadas no arranca gotas de sudor, sino gotas de sangre!

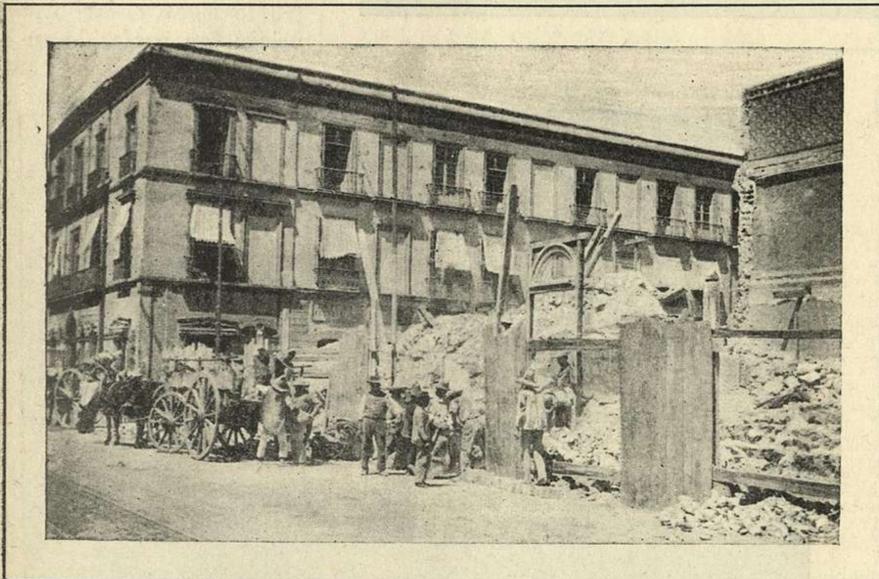
¡Ah, las ciudades! Cuando Emilio Zola quiere encerrar tantos gritos del alma en una exclamación seguida de un punto admirativo, hay quien finje no entenderle, hay quien se acuerda irónicamente de las "palabras, palabras, palabras" del príncipe danés. Y sin embargo, cuántas veces dice más un punto admirativo que una docena de páginas retóricas! Y al pensar en el trabajo de las ciudades, al pensar en la ruta que sigue, al pensar en el enorme ejército de vencidos y de desertores de esa cruenta lucha, no hay nada que sintetice tanto la impresión que experimentamos, como la lacónica exclamación del viejo maestro naturalista: Oh, las ciudades!

Pero basta de digresiones y vamos al grano.

Las máquinas despiertan con el día y á los pri-



ta femenina prende blancos delantales sobre las morbideces de su busto... Porque en nuestra Metrópoli ya la mujer trabaja, y á fe que no es ese uno de nuestros menores progresos.



bre las torres y las cúpulas, se desparraman á lo largo de calles y de avenidas, el trabajo general empieza en la metrópoli y va desarrollándose esa "caza al dollar," que Mark Twine ha descrito con tanta maestría.

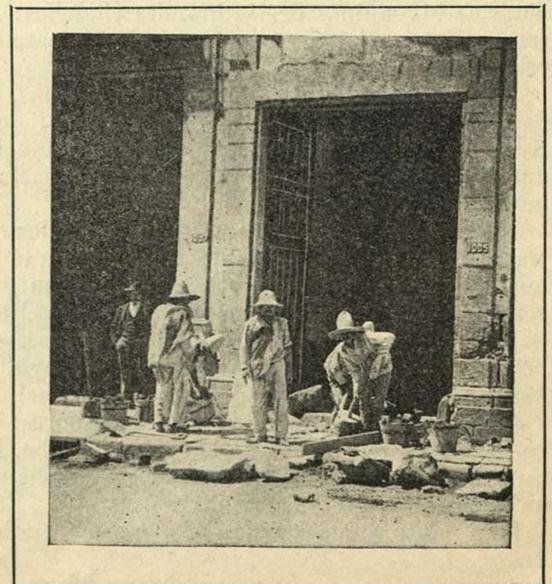
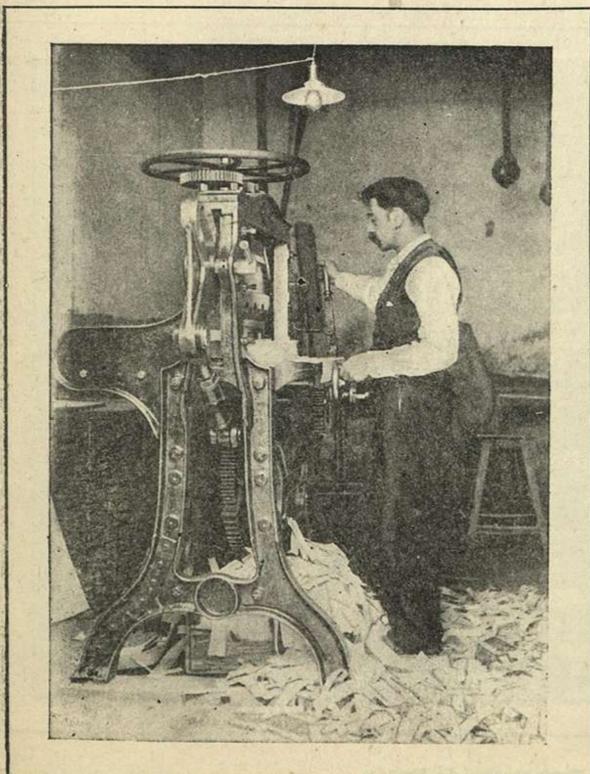


meros clamores matutinos se funden los gritos del vapor, gritos que convocan al trabajo, diario, monótono y metodizado, que, á pesar de su monotonía, es tal vez el menos torturante y el que deja más tranquilidad al espíritu y más dulzura al corazón.

Las fábricas se abren y por sus anchas puertas penetran el enjambre de obreros. Van ellos decidores y bromistas, ellas frescas y de buen humor. La brisa de la mañana los anima, les azota la sangre y les vela por unos instantes la perspectiva de todo un día de labor cansada que entumirá sus miembros y pondrá sobre sus párpados vendas de plomo. Eso vendrá después: pero, por el momento, solo los anima el goce de vivir y hasta el pito fabril les sabe á saludo de bienvenida. Penetran todos y acuden á sus puestos.

Poco á poco las risotadas van apagándose, la labor empieza y la risa y la labor no se "llevan" muy íntimamente. El rún-rún de las máquinas y el rítmico golpear de los mazos reinan ahora, únicos y solos, en los grandes edificios industriales. Y así, hasta que las sombras de la tarde luchan con el sol y lo vencen..

Las planchas de madera, que durante la noche han cubierto la tersura de los escaparates, van cayendo una á una, movidas por manos de mozos soñolientos. Y en los escaparates aparecen las mercancías, artísticamente dispuestas—(es un arte arreglar escaparates)—mientras adentro, en el almacén, la escoba entona su cotidiana oración susurrante y la gente de mostrador cambia la chupa de calle por la de trabajo. Aquí y acuyá una silue-



bajo mismo os demuestra que no quieren que detengáis su marcha. Es preciso respetarlas.

En todos los transeuntes matinales se advierte una actitud febricitante: los domina la idea de llegar pronto. Cerca de los edificios gubernativos bulle el enorme enjambre burocrático. Se compone de algunos viejos y de muchos jóvenes. ¡De muchos jóvenes, por desgracia, que al resignarse al pasar la vida frente a un escritorio cargado de minutos, confiesan elocuentemente su cobardía para la lucha, y no pocas veces también su impotencia!

Y en la plaza principal, obligado centro de la vida metropolitana, afluyen los tranvías, que al trotar de las mulillas ó al impulso poderoso de los "troyers," acortarán distancias y economizarán tiempo, que en la ciudad, más que en ninguna otra parte, es dinero acuñado.

El enorme hormigueo urbano, es por sí sólo, símbolo de trabajo. Todos los rumores, todos los movimientos significan trabajo. Y el día en que ese trabajo se interrumpiera, la ciudad, con sus pompas y sus galas, vendría abajo como un enorme castillo de naipes.



Los trabajos especialistas imprimen á determinadas calles una fisonomía particular. La comunidad de intereses espontáneamente, estrecha y crea centros. En México hay varios barrios que recuerdan los viejos "gremios" de los tiempos pasados.

Una doble paralela de calles, desde Cadena hasta Don Juan Manuel, está ocupada por el alto comercio, cuyas transacciones se hacen generalmente sin tener la mercancía á la vista, por ese alto comercio, cuya sola mercancía es muchas veces el dinero mismo.

Es el barrio de los bancos y de los banqueros. Por las aceras cruzan y recruzan los corredores. Es un barrio que "huele á riqueza." Se oye el tintineo de los pesos y se ven muchas carteras henchidas de billetes. En las calles estacionan lujosos trenes: es Mercurio que va en coche. Muchos iberos y muchos alemanes.

Por Jesús, se encuentra, en cambio, el comercio al por menor. Quincallería, mercería, jarciería y otras "ías" que surten las tiendas provincianas. Llegan los compradores cubiertos de anchos sombreros y sonando los pesos dentro de sus "víboras" de cuero.

En Cordobanes, el aspecto cambia: son aquí señores ataviados de negro, de sombrero alto, que llevan debajo del brazo grandes carpetas atestadas de documentos y de expedientes. Es la calle de los Notarios, de los abogados. Está allí el Palacio de Justicia: allí se pleitea y se discute. Todo el mundo se conoce, todo el mundo se sonrío. Es la sociedad en manos de Digesto. Y hay en las miradas un aire de triunfo, cuando dos de aquellos señores se cambian un "¡Buenos días, compañero!"

En la Encarnación y San Ildefonso, los estudiantes. Ese es nuestro "barrio latino," pero sin Musettas ni Mimís, y de ese hemos de ocuparnos en otra ocasión.

Hemos visto que la ciudad trabaja incesantemente. Desde el albañil que sube un ladrillo apoyándose en peligrosos andamios, hasta el potentado que en muelle carruaje acude al Banco á trocar un cheque por un fajo de billetes.

Pero hay dos castas de trabajadores netamente metropolitanos, exclusivamente metropolitanos, floraciones genuinas de las grandes ciudades: los trabajadores callejeros y los que trabajan para diversión de los otros.

A los primeros pertenecen los limpia-botas, los papeleros, los billeteros, los revendedores, etc. Esos viven precisamente de las grandes muchedumbres urbanas, esos son metropolitanos hasta la médula del...alma.

Y los segundos, son los actores teatrales, los que trabajan cuando los demás descansan, los que comen con la risa de los otros, como los dentistas comen con los dientes de sus semejantes. Y el trabajo de ellos es rudo: ensayos, estudios, repeticiones y desveladas. ¡Parece increíble que todavía "el teatro" anide en tantas cabecitas románticas!

Queda otro curioso grupo de trabajadores: los periodistas para quienes no hay día ni noche, hora ni minuto; para quienes la vida no es más que un alineamiento de "columnas"....

Pero punto final, porque estas ya son intimidadas.

Oscar Herz.

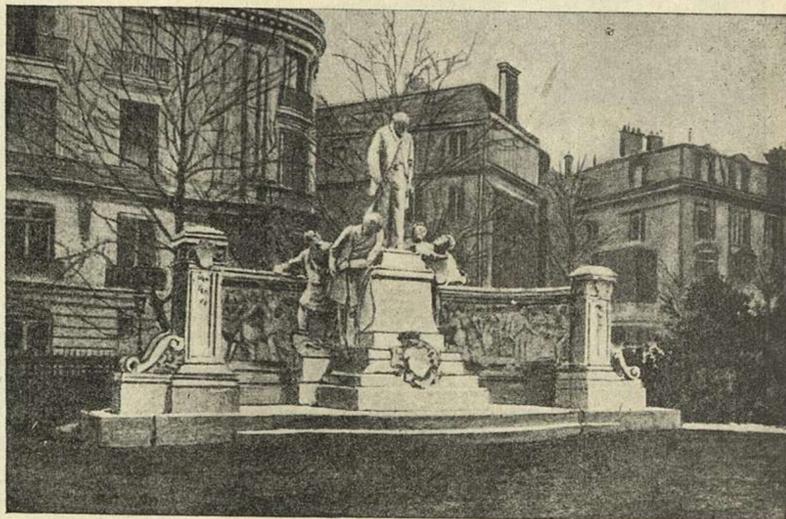


EL PABELLON DE MEXICO
EN LA EXPOSICION DE PARIS

He aquí cómo se expresa un periódico parisiense al referirse al Pabellón de México:

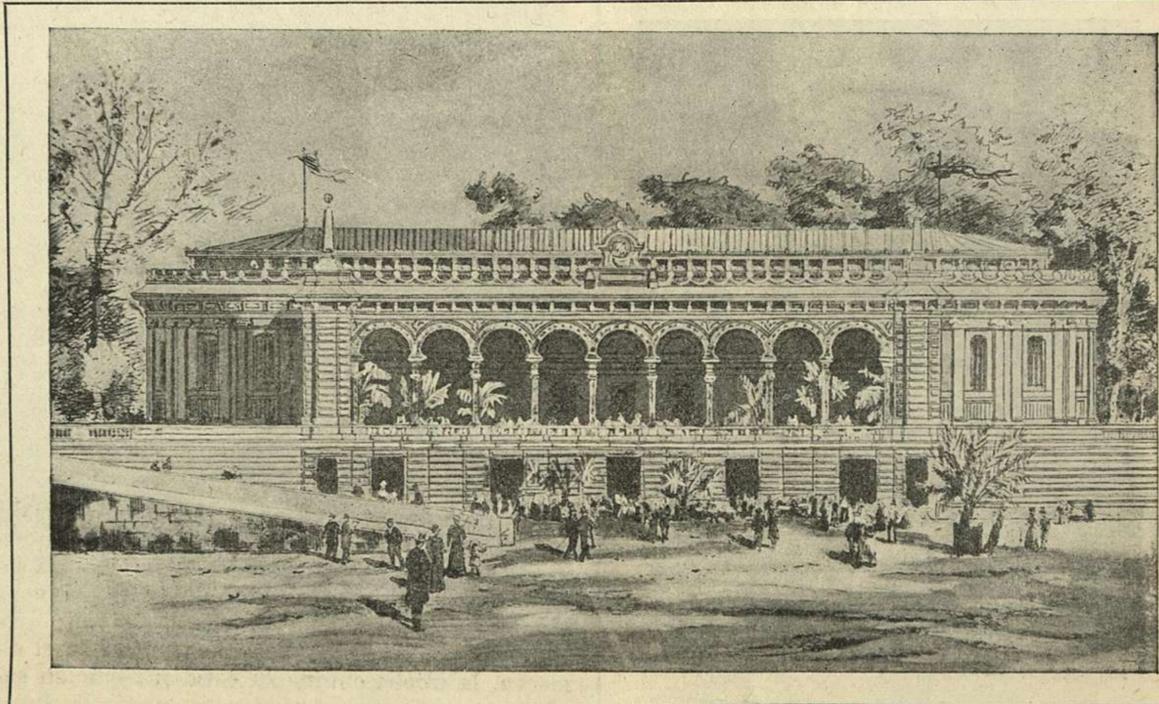
"Al desembocar del Puente del "Alma," sobre la margen izquierda del Sena y frente á las oficinas del Comisario General de la exposición, el Pabellón de México se destaca admirablemente entre el grupo de los otros edificios extranjeros.

"La superficie del terreno que se ha concedido á México es relativamente vasta, 60 metros, y su arquitecto señor Anza, no ha podido sacar mejor partido del fraccionamiento hecho.



BOSQUE DE BOULOGNE.--Monumento erigido á la memoria del ingeniero D'Alphand, á quien se daba el nombre de "El Embellecedor de París"

plio, sus departamentos están bien distribuidos y cabrán perfectamente numerosos objetos.



Pabellón de México en la Exposición de París.

"Para comprender bien el carácter del edificio, conviene recordar que en 1889 el pabellón de México era una verdadera curiosidad en el campo de Marte. De la manera más sugestiva recordaba el arte antiguo de aquel país antes de la Conquista española y era más que un pabellón, una manifestación patriótica que hacía México ante la faz del mundo entero en aquel monumento que el país elevó, como lo proclama el señor Peñafiel, "á la gloria del más bravo de aztecas, Itzcoatl, y á la del más infortunado de sus defensores, Cuauhtemoc."

"El programa del señor Anza, es hoy enteramente distinto. Hace once años se nos presentaba la glorificación del pasado, y hoy, México quiere hacernos apreciar su presente, constituido por un rápido desenvolvimiento económico que ha entrado en un largo período de paz, de progreso y de prosperidad."

"El edificio está construido según el estilo neogriego tan preferido en el segundo imperio; es am-



Luis G. Urbiña.

Para María Guerrero.

Viniste de la Tierra Sagrada del Ensueño;
del mundo imaginario y ardiente, del risueño
país azul que baña de sol la Fantasía;
de donde surge el canto, de donde brota el sueño,
de donde el bien florece, de donde nace el día.

Del Ideal, Señora. Tú patria es esa; vienes
de nuestra misma patria. Y bien, aquí, nos tienes
cargados de tributos que nuestro amor te entrega;
á tí nos acercamos por coronar tus sienes
con rosas de los bosques americanos: llega.

Planta tu tienda de oro, reposa en nuestros lares,
desciñe tus cabellos, y escucha los cantares
de bienvenida que alza la Juventud en coro;
descansa, peregrina de los celestes mares,
desciñe tus cabellos bajo la tienda de oro.

Reposa y habla; míranos en tu redor, atentos,
tu voz es un susurro de música soñada;
que aduerman nuestros vagos y tristes pensamientos
tus épicas historias, tus milagrosos cuentos,
tus fábulas de hechizos, divina Scherezada.

Te conocimos antes de que vinieras; eres
la diáfana silueta de todas las mujeres,
que cruzan por la vida, serenas y triunfales;
artísticas visiones, esplendorosos seres,
encarnación de excelsos y santos ideales.

Y recordamos ese perfume que tú exhalas,
y esa genial cabeza de pensativa Palas,
y esa sonrisa, y esa radiante alma sonora;
pasaste abriendo flores y despertando alas.....
dí tú, si no habíamos de conocerte, Aurora?

Eras el Arte. El Arte, la luz, la poesía,
llegabas de los mundos de donde nace el día;
y del infolio abierto, de páginas polvosas,
se alzaba tu figura, como una Epifanía,
cantando en viejos versos, leyendas dolorosas.

Blanca, impalpable, pura, remota é imprecisa,
como girón de nube que desflécó la brisa,
delante de nosotros cruzabas por la escena,
trayendo á flor de labio la antigua y fácil risa,
la de Moreto y Tirso, la risa casta y buena.

Y tú lo viste—¡oh Maga!—lo que tu genio quiso
en un instante pudo lograrlo; era preciso;

es invencible el soplo de tus encantamientos;
abriste las cién puertas del dulce Paraíso
y entró el desordenado tropel de pensamientos.

¿No viste á nuestras almas sentir con tus ternezas,
orar con las piadosas plegarias que tú rezas,
tener sobre los hombros la cruz de tus dolores,
reír con tus placeres, llorar con tus tristezas,
crisparse con tus odios, amar con tus amores?

Oh, Aurora, oh, Maga, oh, Reina, oh pálida heroína
de todos los dolores, oh intérprete divina
del regocijo sano del burlador risueño....
¿Verdad? De la fantástica y ardiente Palestina
viniste; de la Tierra Sagrada del Ensueño.

Oh resucitadora, tu majestad es rara;
encierras un misterio; del numen que te ampara
sólo los escogidos la inspiración reciben;
no ha muerto la Riquelme, no ha muerto Baltasara,
en todas tus brillantes metamorfosis, viven.

En la sutil maraña de agudos discreteos,
sobre las bordaduras de hermosos galanteos,
entre la plateresca retórica efectista,
en la pomposa urdimbre de rancios devaneos
sentimos cuál se prende tu corazón de artista.

Tú alientas en aquellos maravillosos seres
que llevan luz, ternura, virtud, amor, decoro;
te conocimos antes de que llegaras; eres
la diáfana silueta de todas las mujeres
que creó el sublime sueño del gran siglo de oro.

....Y bien, he aquí, Señora, que partes; en buena hora,
¿Regresarás en breve? Dices que sí, Señora
con tu genial cabeza de pensativa Palas.
Si cae la noche, mientras que vuelves tú, la Aurora,
se cerrarán las flores, se plegarán las alas.

Alza tu tienda de oro, oh amada peregrina!
recoge tus cabellos y cese la divina
fábula milagrosa que le aprendiste al Arte;
no temas por el nido, traviesa golondrina;
¿Regresarás en breve? No nos olvides; parte.

¿Regresarás? Te esperan los soñadores; ellos
alzan tu tienda de oro, recogen tus cabellos,
y escuchan por vez última tu dulce voz soñada,
y á tí tienden los brazos y cargan tus camellos
y te repiten: torna, divina Scherezada.

En auras de cariño y admiración te envuelves,
y partes, y nos dejas, y partes y resuelves
huir hacia otro mundo, mejor y más risueño;
de allí no torna nadie, y tú dices que vuelves...
que vuelves de la Tierra Sagrada del Ensueño.

Febrero, 27 de 1900.

Como un homenaje á María Guerrero y un recuerdo de la
brillante temporada dramática, por ella iniciada y seguida con
tanto brío, "El Mundo Ilustrado" consagra cuatro páginas á la
solemne velada, que en honor de la primera actriz española, se
efectuó en el Conservatorio Nacional el 27 de Febrero último,
y publica las piezas literarias ahí recitadas que pudo obtener.





SRA. MARÍA GUERRERO.

Amado Nervo.

A MARÍA GUERRERO.

Hay una voz que proclama
esta ley al orbe fiel:
"Aura, haz tu oficio, embalsama,
mujer, haz tu oficio, ama,
flor, haz tu oficio, da miel!"

"Sol, haz tu oficio, levanta
el palio rey de tu aurora
sobre la montaña santa;
alondra, haz tu oficio, canta;
paloma, haz tu oficio, llora!"

"Artista, haz tu oficio, yerra
del mundo por la extensión,
pues que Jove te destierra,
moviendo sobre la tierra
cerebros y corazón."

Gran verbo, á cuyos rumores,
á cuyo influjo inmortal,
las auras riman olores,
la mujer difunde amores,
el cáliz forja el panal;

El sol quebranta los gonces
del orto, irisa las brumas
y hace que alienten entonces
la esquila, alondra de bronce
y el gallo, clarín de plumas;

El río, crencha de plata,
iris real que se mueve
y en cristales se desata;
el clavel, boca escarlata,
y el lirio, boca de nieve;

El nido, mágica poma,
la fuente, arpa diamantina,
ó espejo á que el cielo asoma;
la flor, astro con aroma,
y el astro, flor que ilumina.

Gran verbo!... Tú, mi señora,
quisistelo obedecer
y con tu voz seductora,
dijiste:—"Pues soy aurora
mi oficio es amanecer."

Y errando de clima en clima,
á nos vino tu esplendor
y México te sublima,
porque tú eres una cima
y aquí se empolla el condor.

Quién habrá que nos demande
cuentas por mimarte!... Dí,
no eres noble? no eres grande?
pues en la patria del Ande
nos gustan almas así!

Todo es grande aquí, señora;
los volcanes, el verjel,
las tinieblas y la aurora:
si este suelo te enamora,
quédate, cabes en él!

Si es ala tu pensamiento,
si es ala tu divagar,
si es ala tu sentimiento,
quédate, que nuestro viento
es ancho para volar!

Quédate sin sobresaltos:
nuestro azur, do va tu anhelo,
te bañará en sus cobaltos:
quédate, estamos tan altos,
que puedes besar al cielo.

Del infinito es vecino
nuestro valle; aquí tu historia
excelsa será y tu sino,
y ahorrarás mucho camino
para llegar á la gloria!

Es muy bella la creencia
que afirmas tú en el proscenio,
de que, mas que á la conciencia,
Dios se asoma á la existencia
por las ventanas del genio.

Allí donde un genio, en pos
del arquetipo va, ahí
Dios y el genio están, los dos
en uno; si el genio es Dios,
Dios, señora, vive en tí.

Y en tí vive de manera
que en mostrarse tiene encanto,
cual se muestra en la ancha esfera,
cual se muestra en la quimera,
que es la novia del ensueño!

Enaltecer la emoción
ó enlazar mil emociones
en haz vivo de pasión,
y fundir mil corazones
en un solo corazón;

Hacer al verso vivir,
hacer al numen soñar
y al espíritu sentir
y á los labios sonreír,
y á las pupilas llorar;

Dar ímpetu al Ideal
que arrastrándose camina,
esta es misión que no ha igual:
divina, hidalga, inmortal;
hidalga, inmortal, divina!

Esto es, señora, crear;
esto es decir: "levantáos!"
al indolente pensar;
esto es, señora, incendiar
con relámpagos el caos!

Tu gloria excede á la gloria
de los héroes que hoy enlaza
nuestra enseña de victoria.
Ellos son flor de una historia;
tú, eres flor de nuestra raza.



No ves que venció tu afán
los prejuicios y recelos
de ayer, y unidos están
más que nunca mi Morelos
y tu trágico Guzmán?

No ves que con pompa igual
se juntan en pabellón
opulento y fraternal,
tu castillo y mi nopa,
y mi águila y tu león?

Son más hermanos ahora
por tí, la hosca cimitarra
y la macana, señora;
el águila voladora
y el león de fiera garra;

E igual pesan en el fiel
que tanto amor mide y suma,
nuestro escudo y tu cuartel;
la mitra de Moctezuma
y las joyas de Isabel.

Marquesa, tú que un destello
luces de arte soberano,
tú que llevas en el cuello
el toisón de blanco vello
del ingenio castellano.

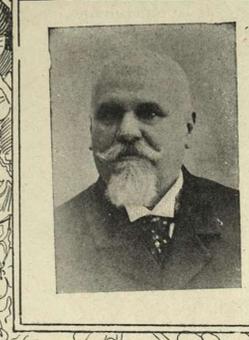
La de perfil que es blasón
arcaico, porque atestigua
tu arcaica contemplación:
Un perfil de reina antigua
de un antiguo medallón;

Cerebro que tanto puedes,
maga de un país risueño
que nos repartes mercedes
de alteza... No me concedes
que te regale un ensueño?

Vencedora, tus preseas
nos deslumbran con su alarde
de luz, porque son ideas...
Marquesa, que Dios te guarde!
Artista, bendita seas!

Febrero 27 de 1900.

Amado Nervo



BALBINO DÁVALOS

A María Guerrero

Poesía pronunciada por su autor en la velada
que en honor de la eminente actriz se
verificó el 27 de Febrero en el Tea-
tro del Conservatorio Na-
cional de Música.

¿Fue una ilusión?... quizás que suelen ellas
de quien las sigue en su trayecto errante,
con su fascinación, en un instante,
el alma transportar á las estrellas.

Mas, verdad ó ilusión, cuando la fama,
de vuestra gloria, paladín ufano,
anunció que aprestaba el mexicano
su homenaje á la artista y á la dama;

el júbilo traspuso los reales
límites de la vida, tendió el vuelo
é invadió el misterioso y alto cielo
que habitan las criaturas ideales.

Yo, por ventura, hallábame cruzando,
en alas de poéticos ensueños,
una región poblada por los sueños
del Fénix inmortal, de Lope, cuando

gallarda, hermosa, fresca, deslumbrante
á la postrera claridad febea,
reconocí entre muchas, á Finea,
por parecerse á vos en el semblante.

La niña angelical, ya nada boba
desde que Amor transfigurarla pudo
dándole, á su malicia, ingenio agudo,
y á su belleza, idealidad que arroba;

atenta y señorial, cual quien escucha
aconsejarle cuanto hacer ansiaba,
oído y blanda voluntad prestaba
con grande anhelo y complacencia mucha.

No por tenaz y caprichoso empeño
ni rencorosa emulación secreta,
sino cual hijas, todas, del poeta
que más honra al teatro madrileño,

la vocinglera turba repetía
que si á la Boba preferís, señora,

Oyeme, gentil amiga,
pues lo requieren de mí,
lo que las damas de aquí
me demandan que te diga.

Te saludan, claro está;
y te admiran ¡qué bobada!
Si no he de contarte nada
que tú no lo sepas ya.

Dicen que mucho me quieres
y yo lo vengo á creer:
crédulas usaban ser
en mi tiempo las mujeres.

¿No una vez, mi fe completa
en el maestro tirano

me hizo tenderle la mano
y recibí una palmeta?

¿No al de danzar le creí,
que me llamó mentecata?
¿No al ejemplo de mi gata
con mi novio al desván fui?

¿No confiada y cautiva
caí en las redes de amor?
¿que el creer es lo mejor
he de pensar mientras viva!

Si, pues, en tu afecto creo
no lo juzguen rustiqueza,
que nueva vida me empieza
cada vez que en tí me veo.

y son tantas las prendas que atesora,
gracias á vuestra noble simpatía;

la dama Boba, ingenua, sin cultura,
parlera como alondra en la campiña,
con su lenguaje natural de niña
animada de alegre travesura;

la Boba misma enviaros debería,
cual tributo á que sois merecedora,
el parabién que todas, ¡oh! señora,
dirigiros clamaban á porfía.

Sonrió pensativa la doncella,
tendió hacia el horizonte la mirada
y la clavó en la luna plateada,
que asomaba su faz radiosa y bella.

Dejó, por breve espacio, sus pupilas
inundarse de luz, evocó en manso
y dulce arrobamiento de descanso
la emoción de otras épocas tranquilas,

y del rojo botón de aquella boca,
abriéndose los labios purpurinos,
brotaron mil conceptos peregrinos
que fuera el recordar jaectancia loca.

¿Qué dijo del amor, qué de su fuego?
¿cómo explicó su poderoso influjo
y la inquieta emoción que la sedujo
á amar con un candor extraño y ciego?

Lo escuché, sí, y aún guarda mi memoria,
cual de lejana música perdida
que, en la noche esparciéndose, trepida
errabunda en el aura vibratoria,
ecos sueltos, girones de elocuente
alabanza por vos, en la sonora
niebla desaparecidos... Ved, señora,
los primeros que acuden á mi mente:

Y la existencia me das
con tal donaire, señora,
que si aún fama alcanzó agora,
á tí lo debo nomás.

Si boba, finjeseme boba,
en mis iras, iracunda,
en mis ardidés, profunda
y astuta para mi alcoba.

Cuando el amor se apodera
de mi honesto pensamiento,
débole á tu entendimiento
mi transformación entera.

Cuál se enciende en tu semblante
cuando arde mi corazón,
la llama de la pasión
en tu pecho palpitante.

Mis amorosas razones
salen de tus lindos labios
cual no pudieran los sabios
enseñar con sus liciones.

Tú imitas mi devaneo
con la naturalidad
del que siente de verdad
despertarse un deseo.

Mas, ¿qué mucho, si en tí alienta
cuanta mujer singular
pudo el gran Lope crear
en sus comedias sin cuenta?

La Casandra recelosa,
la Discreta Enamorada,
la Estrella desventurada,
la Belisa melindrosa.....

á todas tu alma divina,
de todas el pensamiento
cobra vida, fuerza, aliento
por tu inspiración divina,

y si á la vida mortal
Lope de Vega volviera,
presto la sien te ciñera
con su corona triunfal!

De la Boba es muy justa la gratitud, señora;
¿quién, sin vuestro talento que la anima y colora,

á la ley imperiosa del anhelo moderno,
redimirla pudiera de un hondo olvido eterno?

En su tiempo cuajábanse los rosales de rosas
al conjuro del genio que fecunda las cosas;

hoy tiemblan en los pétalos amarillos é infectos
lágrimas congeladas, y pululan insectos.

Por sobre las miradas reprimidas con ceño,
aun flota una infinita necesidad de ensueño,

mas qué busca, y qué alcanza inmortal ni durable
el espíritu enfermo por un mal incurable?

En el mar sin riberas de la duda, mar muerto,
navega un bajel negro que no va á ningún puerto.

Su cordaje es de plata y sus velas de oro,
mas ningún argonauta lleva en él su tesoro.

Los forzados por vida que esa nave tripulan,
al Capitán Destino su rencor disimulan,

y hallar gustan á veces distracción y embeleso
ciñéndose dogales al corazón opreso.

Quieren ver sus dolores hechos carne, hechos hombre
de músculos de hierro y estatura que asombre,

y en la ola arrojarlos, que un mal Genio desata,
donde siempre la hidra Fatalidad los mata.

Quieren con sus grilletos aherrojar ideales,
bajo un cielo sin astros y en un mar sin fanales;

y entre espumas de sangre y corrientes de fango
viran á la Tebaida por virar á Cipango.

Mas el Arte moderno como Dios compasivo,
ilumina á ocasiones el bajel fugitivo

fulgurando sus rayos de brillantes destellos
que alumbran unos rostros extrañamente bellos!

Quando á tales tragedias dais, señora, su turno
con solemne grandeza os calzáis el coturno.

Ya con gracia inocente sonreís de ventura;
ya con trágica risa simuláis la locura,

y en siniestro arrebato que estremece y espanta
asesináis con Agueda, y tembláis con Fuensanta.

¡Oh Arte poderoso aterrador, inmenso,
que al espíritu afianzas y mantienes suspenso!

¡Oh Arte delicioso, consolador y bueno
que acaricias y halagas con tu soplo sereno!

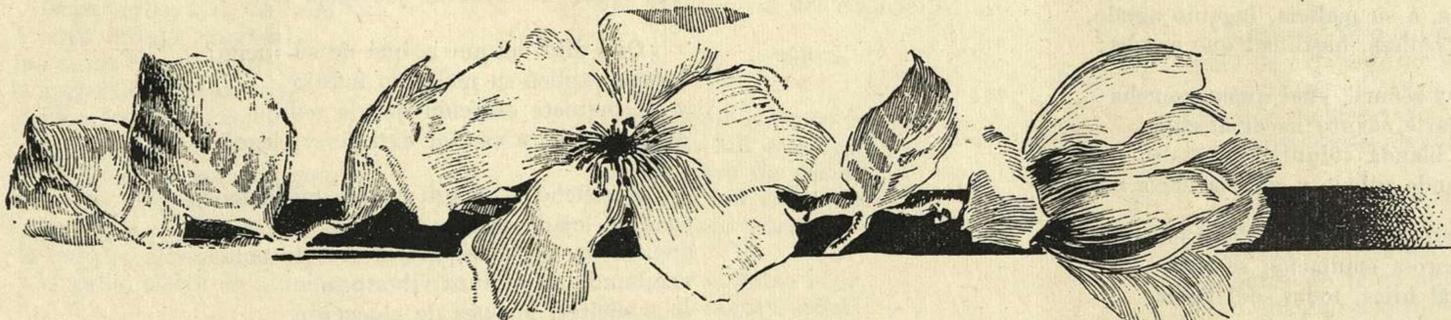
¡Or Arte deleitable que, festivo y de prisa,
ágilmente desgranas el collar de la risa,

¡Oh Arte, infinito, inmortal multiforme,
algún Dios debe haber que te inspire y te informe!

Dichosa tú, Vestal que alimenta su llama
y felices nosotros que admiramos tu fama.

México, Febrero 27 de 1900.

Balbino Dávalos.



DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SR. LIC. DON JUSTO SIERRA.

Señora:

Habéis oído cruzar por nuestro ambiente, cargado de polvo, pero saturado de luz, gallardas frases musicales, que cerca de vuestros oídos murmuraban: "bien venida mensajera del arte y de la gloria, bien venida, resurrectora del culto puro de lo bello, bienvenida." Con sólo haber hecho un signo mágico de vuestra mano blanca en el cielo de nuestras noches sin ideales artísticos casi, casi sin estrellas, habéis borrado el imperio absoluto de los géneros inferiores, de los que, en deforme lenguaje á veces y á veces con el sensual é irresistible encanto con que, en manos del pueblo de vuestra tierra, habla la guitarra de las zambras de

Aragón ó en las "juergas" de Andalucía, solo se dirige á nuestros sentidos, sólo provoca sensaciones, sin penetrar más allá, sin sondear más hondo, sin volar más alto, impotente para iniciar uno de esos divinos acordes que sólo resuelven la vibración de una alma ó la nota de un sentimiento inmortal. Hablásteis señora, el idioma de la realidad interior, de la pasión humana en lucha trágica por dar vida á inalcanzables ideales los corazones muertos palpitaron de nuevo y la emoción disputó el cetro á la sensación pura, y ya no reinó solo el "género chico," que si como género es amable á veces, como "imperio" es abominable, porque reduce el horizonte de la vida artística con las turbias y volup-

tuosas y venenosas emanaciones de la taberna y la mancebía. "Todo esto habéis oído decir, á los mexicanos en su español mórbido y sin ángulos, pero acariciador y lánguido. Esas frases hoy van á repetíros las los poetas con su voz de oro, y penetrarán en vuestra alma juvenil, cantantes y aladas como un ritornelo de amor y de admiración. Para entonar en vuestro loor el canto délfico ó la extrañamente ardiente y besadora canción americana, solo necesitarán decir lo que han sentido, y transcribir en su música ideal, las impresiones con que os habéis apoderado de sus voluntades. Pueden hacerlo ¡ay! son jóvenes, la juventud es el supremo secreto de los poetas.... y luego ¡es tan fácil rimar con vuestro

nombre todos los vocablos melólicos de nuestro idioma! No necesitan, para ello, ni pulsar sus li-ras; bástales dejar correr sobre ellas el estremeci-miento de una caricia....



¡Ah! ¡si me fuese dado hacer lo mismo!... An-taño, cuando palpitaba el corazón sin dolor—por-que el corazón de los viejos sólo late dolorosamen-te—antaño sí... y al trazar estas palabras, resur-ge ante mí una visión de lo pasado, casi del siglo pasado, una de esas visiones retrospectivas que son, para cuantos comienzan á sentir baja la temperatura de la vida, una delicia y un tor-mento....

Era una emperatriz romana, señora, una augusta abuela vuestra... se llamaba Adelaida Ristori... Aquí en este lugar, allá enfrente, resplandecía la diosa de mármol vivo; cuando se dignaba encarnar en la humanidad inferior, dejaba su sitial de mar-fil y arrastrando el áurea túnica por la blanca esca-linata que rayaban las sombras simétricas de las columnas dóricas y seguida por la trágica teoría de las pasiones sobrehumanas y los dolores supre-mos, se mezclaba á las multitudes estremecidas que rodeaban el templo... Era Medea, exterminando, para apagar sus celos, el germen de las razas nuevas en sus propios hijos; era Fedra asistiendo á la diso-lución de su alma en el infierno del amor físico; era... Eso era siempre la sublime Adelaida, ó la madre inconsolable ó la amante inconsolada... eso era la olímpica, señora, que con un sólo ade-mán, con un sólo acento parecía complicar en sus dolores á la humanidad entera... Allí la veo; allí la ensalzamos su cortesanos y sus poetas; resonó la voz amada siempre de Altamirano y su arenga fué una diadema de perlas para la frente de la reina; el Conservatorio la rodeó de música y poesía; el eminente patricio que dirigía la República, unió su exquisito homenaje á los nuestros... y pasó la inmortal, diciéndonos: "vuelvo," y se perdió en una noche de triunfos y de gloria... ¡Ay! ¡no vol-vió; ¡no ha vuelto!...

Otra vino, y ésta, á pesar del "peschent" faróni-co, y de la sacra diadema bizantina, no era augus-ta; era heroica; no era clásica; súbitamente parecía divina... La seguían fascinados nuestros ojos, nuestros aplausos, nuestros corazones, á veces pa-ralizados de asombro: era extraña, singular, satá-nica; ne, no era una diosa, era una mujer, era la perpétua protagonista de un drama que no estaba en la obra, sino en ella, de un drama subjetivo de delirios sensuales, de éxtasis místicos, de neurosis in-curables... Era Sarah Bernhardt; su genio sin gemelo, no daba vida á los personajes del poema escénico, sino que los hacía vivir en ella; no derramaba su alma en las creaciones dra-máticas, sino que la arrojaba en la hoguera de su pasión y de su sangre, y no quedaba en el fondo más que un eterno bronce de arte... Sarah, siempre Sarah... Fedora, Margarita Gautier, Teo-dora, Doña Sol, Frú-frú, no existían; sólo ella, sólo ella... ¡Oh! cómo nos conmovía, nos embar-gaba, nos hacía sufrir físicamente... Y en medio de las espantables borrascas del corazón, como en la célebre tempestad del mar de Hugo, se oía la campana sonora del fantástico arrecife, resonaba, resuena aún la campana de cristal de su voz, de la voz de Sarah... Por aquí pasó antes que vos, nos dejó sollozantes, enfermos de emoción; no conven-cidos, pero sí tristes....



¡Oh! vuestra dulce modestia me dice, me lo ha dicho ya, "no equivoquéis, no comparéis"... No comparo, señora, sencillamente os admiro... No sois ni la diosa homérica ni la euménide sublime del arte. Pero sois vos, sois una persona-lidad neta y clara, ¡oh! María, tenéis en la escena proporciones harmónicas, no dimensiones gigantes; sois una mujer de las que ríen, de las que lloran, de las que aman, de las que viven; sois toda equi-librio, ponderación y gracia... A las otras, la estatua, de mármol de Paros á aquella, á esotra de bronce corintio atormentado por el fuego é inmovi-lizado en convulsión suprema; á vos el fino y puro relieve orlado de laurel perenne por un orfebre del Renacimiento en la medalla de oro....

Sois un renacimiento, habéis consagrado, ingé-nua y encantadora sacerdotiza de un culto que pa-recía muerto á quienes ignoran que el espíritu es

un eterno creador de energías imperecederas, una fuente inagotable de inmortalidad y de renova-ción; habéis consagrado vuestra inteligencia y vuestro cariño, á mostrar que vive siempre lo que el arte una vez esculpiera en la masa de miseria y gloria que se llama el corazón humano...

Y os entendemos mejor que á las otras, que á las sobrehumanas, porque no necesitamos levantar los ojos para veros, sino que os miramos frente á noso-tros, cercana, precisa, viva; y os entendemos me-jor, porque no sólo habláis nuestro idioma, que no acierta á desatar el bocablo en matices de iris, ni en halos luminosos, ni en resonancias melólicas que lo funden en la frase, sino que lo cristaliza en gemas geométricas como los diamantes que engas-ta el lapidario; sino que habláis también, y diga nuestra emoción con cuánta elocuencia, el idioma de nuestros sentidos, de nuestros anhelos, de nues-tras angustias, y, porque os comprendemos cual si el eco fuérais de nuestra voz interior, nos sub-yugáis sin esfuerzo y nos hacéis tocar en el paroxismo del horror ó del dolor, como la ola mansa y trans-parente que al tocar la roca se encrespa y salta y rompe su transparencia en convulsos girones de es-puma y su muelle elegancia en trágicos gritos de abismo....



Y así resultáis la perla más pura de la corona artística de España, de la corona que no ha caído á los pies de nadie, que nadie ha violado, ni ha deshecho en fragmentos ensangrentados; divina co-rona que quedaría suspendida sobre el mar en que naufragase la historia ibérica, como el nímbo de per-petua luz sobre el cadáver flotante de la mártir cristiana... Sois la perla de esa corona, porque encarnáis, porque sois la comedia española: la nat-uraleza transforma un trozo de carbón en luz soli-dificada, el genio español supo, con análoga po-tencia, con pedazos de realidad risible ó espantable, tallar diamantes de poesía y de ensueño... Eso es la comedia, así la entendéis; así la vivís, así sois. ¿Se ha repetido en la historia literaria de nuestra ci-vilización esa prodigiosa facilidad con que los maestros del siglo XVII hacían correr un senti-miento, ora sonrisa, ora lágrima, al través de las complicaciones de la existencia, para detenerlo en un remanso enflorado de rosas y mujeres ó dejando remper entre ellas y seguir su pendiente hacia el abismo? ¿Se ha repetido ese consorcio de lirismo en la expresión, de realismo en la pasión, y de romanticismo en la acción, que, convergiendo por todas las filigranas de la imagen y todas las inverosimilitudes de la trama, se funde y resume en un gran golpe de emoción que embarga, como si hu-biera pasado ante nuestros ojos la visión misma de la vida, intensa como una fulguración fugiti-va, como un relámpago, y dejando tras de sí la muerte, su inmortal sombra?

Todo ello lo hemos visto en vuestros ojos, lo he-mos adivinado en los latidos de vuestro pecho, lo hemos sentido, vivido en vos... Y ¡oh! sor-presa, os hemos visto como quien sólo pasa un um-bral, salvar, con donosa gallardía, el abismo que separa el camarín de antaño, vecino del santuario, del salón moderno que confina con el escenario; os hemos visto pasar sin una vacilación sola desde ese mundo facticio en que la religión y el honor tenían el mismo altar, y Jesucristo parecía crucificado en la cruz de la espada, al mundo actual en que cada uno esconde con vergüenza su ideal crucificado en su propio corazón; os hemos visto venir de la mu-jer del drama de Lope, coronada con las enormes pelucas rizadas de las reinas de Velázquez, ahoga-da por el corpiño de brocado y enjaulada en el ti-sú del tontillo, seguida de la dueña hipnotizada por el oro de los galanes; os hemos vis-to oculta detrás de las celosías que ca-laban el diálogo como un encaje y guar-daban el calor de los besos frustados y deshacían el llanto en lentas perlas tibias de amor y de deseo; os hemos visto venir de esas mujeres que parecen pulverizar la emoción en los átomos de oro del con-cepto y el discreto, pero en quienes á veces se re-fleja el infierno de amor y de pecado que el gran Lope llevaba en el fondo de su vida, á la mujer creada por Echegaray, á la tragedia patológica, torturadora, grandiosa, imposible, cierta; tierra abonada con sangre, miseria y crimen; tierra ama-sada con fragmentos de abstracciones, de virtudes ó vicios personificados, con visiones y símbolos, y sombras y clarividencias infinitas, con todas las po-

dredumbres y todas las purezas, tierra satánica, arcilla del infierno, de la que surge como una plan-ta negra el drama, sobre el que palpita, como una flor del cielo, un corazón de mujer.



¿Cuál es la cierta, vos lo sabéis, Señora, sin du-da, cuál es la real, la del teatro antiguo, la de Lo-pe, pomo de cristal en que la pasión vierte una go-ta de esencia que basta á perfumar una época, co-mo los granos de almizcle de los sarcófagos egipcios que han perfumado la muerte durante cincuenta siglos, ó esta mujer de Echegaray, la hiperbólica heroína de una sola, de una misma tragedia que pu-diera llamarse "entre el deber y el deber," per-petuo conflicto moral resuelto por la pasión, según el dogma romántico, y que saca á la mujer de la verdad humana general, para colocarla, no en la verdad particular, sino en la excepcional, y ahí des-vanecerla en metáforas y sublimarla en lirismos de modo que su contacto con la realidad, sea como el contacto de una nube eléctrica con la tierra, por medio del rayo, del crimen, de la muerte?

¿De qué depende que la emoción viene siempre y que pugna por contener un sollozo inmenso el pecho comprimido hasta la agonía? ¿Por qué esa fábula trágica que parece desarrollarse no en la tierra, sino en un planeta más cercano al sol, pro-duce en nosotros el efecto de una realidad vívida que surge de nuestro interior y se torna movimien-to y drama en la escena? Ese es el secreto de vuestro autor preferido; secreto que consiste, pr ventu-ra, en que, por absurdas que las combinaciones teatrales sean, por excesivos é irreales que los ca-racteres parezcan, por deformados que resulten los sentimientos, así los siente y los vive el autor den-tro de su alma, con incontrastable energía y así nos lo impone.

Si es el secreto del autor y el vuestro; vos nos habéis revelado la unidad del genio dramático de España, que no puede comprenderse fuera del "medio" español, dicen críticos conspicuos, lo que es nada más una media verdad.

Nos habéis revelado esa unidad profunda, con sólo interpretar las obras, con sólo mostrarlas en acción sobre la escena donde vuestros distingui-dos compañeros de labor os secundan con tanto acierto, en donde con vos colabora con tan exqui-sita é inteligente devoción del arte y del artista, el admirable Gabriel de Medina de ayer, vuestro Fern-ando de siempre. Al veros, al oíros, al sentirnos, hemos comprendido que la mujer del teatro de Lo-pe es, no la abuela de la mujer escénica de Eche-garay, sino la misma, transformada, complicada infinitamente por el "medio" social, como la de Calderón es la de Zorrilla y García Gutiérrez, co-mo la de Tirso y de Moreto es la de Moratín y de Bretón y para mostrarnos que en toda esa literatura eminentemente convencional, no hay de ficticio más que la trama, ni hay de facticio más que la imagen, pero que el sér interno vive con la más intensa de las vidas, habéis encontrado un arte sorprendente, el de ser vos misma, el de no forzar ni vuestro talento ni vuestra expresión á traducir otra cosa que lo que sentís; á ser ingenua, á ser sincera, á ser honrada, puesto que la plena con-formidad con nosotros mismos es la fórmula mis-ma de la honradez; esa propiedad de vuestro ta-lento, ese candor con que os abandonáis á los re-cursos que os sugiere vuestra conciencia de ar-tista, es, en vos, señora, tan graciosamente natu-ral, que añade siempre á vuestra voz acariciada-ra y grave, un acento peculiar que suelen imprir-mirle flexiones infantiles; ellas hacen recordar la perenne ingenua que en vos vive, el agua clara que hay en el fondo del vaso de lágrimas y san-gre.



Revelándonos así vuestros poetas favoritos (otros nos los habían presentado, vosotros nos los habéis revelado—habéis refutado la teoría de que fuera de España no existe la mujer del drama español; locura; es la misma de todas partes, es un sér frágil y divino, viviendo en el medio social que el hombre ha hecho para ella; ¿qué digo? en un medio que es el hombre mismo, y reobrando con el sentimiento contra ese medio, hasta modifi-carlo y apropiarlo á su evolución. ¡Oh! no, señora, ni vos ni yo somos "feministas," no es cierto? es decir, sí lo somos en el sentido genuino de la pa-labra, porque deseamos que la mujer siga siendo mujer, mientras el "feminismo" es la doctrina que

enseña el modo de convertir á la mujer en hombre, lo que debe de ser por todo extremo molesto y feo. ¡Oh! no; ¿para qué queréis ser iguales al hombre, si le sois superiores? Yo no sé si en vuestra patria se verifica ésto, pero de la mía os sé decir, hablando en serio, que el fenómeno se verifica y que, moralmente, diez mejicanos no valen una mexicana; yo, al menos, no haría el cambio. Pero sin ser feministas, habrá que convenir en que es preciso facilitar á la mujer la modificación del hombre; y ella tiene en el sentimiento una energía de tal potencia, que todas las de la naturaleza nada son en comparación suya.... Todas las fuerzas naturales sumadas llevan á una interrogación para la que el Universo no tiene respuesta, las energías morales, las corrientes, de la sensibilidad llevan á una suprema afirmación: Dios; y esta afirmación es la respuesta á la pregunta del Universo.



Pero dejemos estas filosofías, señora, y volvamos á vos, que pertenecéis á la única parte de la filosofía que suelo comprender, á pesar del griego, á la Estética, es decir, al Arte. Y váis á ver cuán indiscreta es mi curiosidad. Cuando os veo subir con tan gentil presteza por la escala de las pasiones, que es la continuación en la sombra de la escala de Jacob que lleva al cielo, me planteo este problema: ¿cómo esta sencilla mujer de corazón y de hogar, habla con tan admirable instinto el verbo mismo de los dolores incurables, de los amores imposibles que, como la túnica del Centauro, sólo se arrancan con la vida, y sale de un delicioso episodio de la vida galante discreto por Tirso ó por Moreto, enflorado de conceptos y salpicado de cristalinas gotas de harpa, y penetra en una pavorosa sima moral, de esas que sabe abrir en el fondo de la conciencia humana, para nuestra tortura, el poeta excelso, el gran inquisidor Don José Echegaray? ¿Cómo pueden vivir juntas vidas tan disímbolas, unirse con pocos minutos de distancia tanta paz de existencia

y tan fieros gritos de combate; la inefable dulzura del arrullo maternal junto á la cuna en que aletea un niño, y esas supremas amarguras que Guimerá obtiene resumiendo en una lágrima toda la amargura del océano? ¿Cómo se puede ser así; vivir con un mismo ritmo tantas vidas; descomponer el rayo de sol de la existencia propia en el iris discolor de tantas otras, terribles todas, todas tristes.....?

¿Me permitís adivinar ese secreto y darme sin esfuerzo la solución de ese problema? Vuestra vida de mujer explica vuestro arte de actriz; sabéis amar, y en la serenidad tranquila de vuestro afecto finca el maravilloso depósito de energía, que os transfigura de continuo; y no hay que escudriñar más, señora, toda mujer que sabe sentir, es capaz de perder al mundo con un latido de amor y de redimirlo con una gota de dolor; ¡y cuántas y cuántas han visto discurrir su vida entre un paraíso silencioso y un calvario ignorado!



He tratado, no de aquilatar vuestros méritos, que para ello habría sido preciso apurar, con arte semejante al vuestro, el esfuerzo por reviviros aquí en vuestras creaciones y vuestras interpretaciones, sino de darme á mí mismo cuenta de vuestro derecho al homenaje que aquí os tributamos. Y no sería yo un mestizo hispano-americano, si, para concluir este monólogo, no os dijese dos palabras de política: lo sé, lo sé, es de zafios, según dicen, hablar de política con las damas; pero vos habéis sido reina de España, y sólo cuanto al interés del pueblo atañía, aclaraba vuestra razón nublada por los celos.... De un interés parecido se trata aquí; somos una democracia que se va formando en la escuela obligatoria, todo cuanto con la educación nacional tiene conexiones íntimas, solicita ardientemente nuestro interés: somos una personalidad latina por todos los elementos de nuestro espíritu; todo cuanto, en medio del forzoso cosmopolitismo en que tenemos que movernos los pueblos

americanos, tienda á reforzar nuestra personalidad, nuestra fisonomía propia, nuestra autonomía psicológica, nos permitirá, lenta, pero seguramente, resistir y dominar todo empero de absorción social; somos una democracia que prepara sus cimientos y esboza su corona de cultura superior. Y vos, señora, nos servís á maravilla para todo ello; porque en la educación nacional el teatro es un agente de primera importancia, y vos sois el teatro; porque para mantener nuestra personalidad nacional, necesitamos principalmente mantener nuestro idioma pegado al tronco por donde la savia sube, y vos sois la literatura clásica, no la relamida y refinada, sino la copiosa, robusta y salubre de los grandes maestros del siglo XVII; porque en la cultura superior, la artística, es la flor misma á que la planta tiende, y vos sois esa flor, sois el estimulante eficaz, por su gracia misma, que nuestro genio dramático espera para cristalizarse en obras bellas. Ya veis cómo, modesta y buena como sois, resultaréis una necesidad para contribuir con nosotros á formar el alma nacional. ¿Os gusta la empresa? Así lo ha creído el Jefe del Estado, que con una solicitud siempre joven y siempre nueva, prepara y presiente todas las manifestaciones de la vitalidad mejicana en lo porvenir.

Por eso ha firmado con vos, en el documento que se os ha entregado, un pacto de alianza; es un pacto leonino, para vos el honor, la utilidad para nosotros, y para el naciente plantel, que os pide unos cuantos instantes en que unimismos vuestra doble existencia de madre y de artista....

Colaborad ¡oh! dulce princesa latina del arte y del ensueño, colaborad en esta obra, asociaos á nuestro anhelo; dejad aquí guardadas algunas gotas de la esencia de vuestro talento y de vuestro corazón... Seguros de ello, desde hoy os saludamos como nuestra, os amamos como un alma que une, y esparcimos nuestros votos por vuestra gloria y vuestra vuelta en la estela del barco que os lleve á la Patria ¡oh! ¡María! y que os alejará de nuestro ojos, no de nuestra admiración, ni de nuestra gratitud.

FEDERICO CHOPÍN.

Paderewski, el renombrado pianista que actualmente nos visita, tiene predilección por la música de Chopin, según puede verse por la preferencia que le dá en los programas de sus conciertos, y tal predilección no carece de fundamento, puesto que hay entre pianista y compositor puntos de semejanza de carácter y sentimientos.

Estos eran en Chopin de tal naturaleza que uno de sus biógrafos decía:

Nació para amar, murió por amar.

Amó en su infancia, amó más en sus mocedades, apartado de su patrio hogar, apartado de los suyos; y expiró amando locamente.

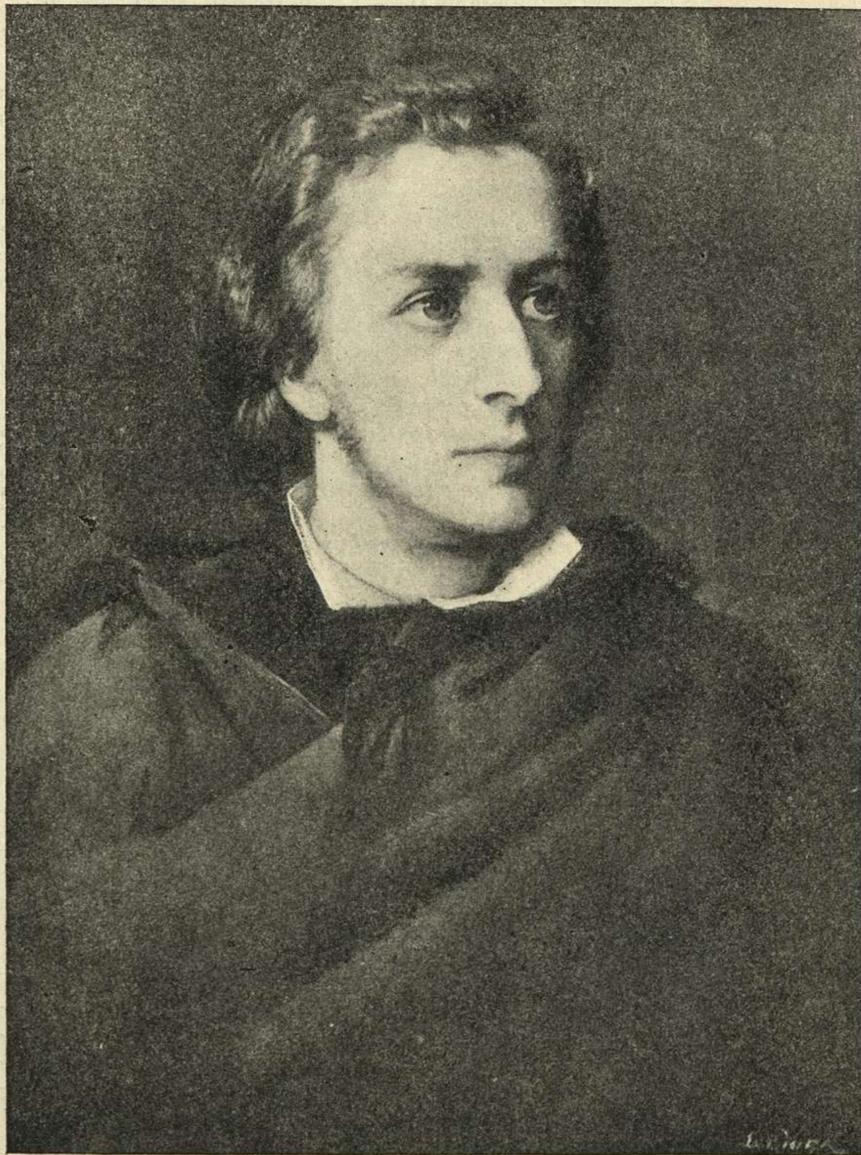
En el pueblo Zelazowa Wola, cerca de Varsovia, y en el año 1789, vió la luz Federico Chopin.

La música empezóla á estudiar á los nueve años con el profesor Zywna, que le enseñó la escuela de los grandes clásicos, especialmente Bach.

En esto, viendo el príncipe Antonio Radziwill (al cual fué presentado Chopin) que era un joven de talento y porvenir, se encargó de sufragar su educación, colocándolo desde entonces en uno de los mejores colegios de Varsovia.

Entonces Chopin entró de lleno en la alta sociedad, que se lo disputaba para oír de sus lindas manos las "Mazurkas" que iba componiendo. De esta época datan sus primeros amores con una hermosa varsoviana; amores contrariados, que indujeron en su alma el desengaño; llaga tan terrible como provechosa.

Chopin empezó á cantar en sus composiciones las penas del corazón



herido, hasta que convino con su familia distraerse efectuando algunas excursiones artísticas, que celebró por varias capitales de Alemania.

Aprendió el estudio de la armonía con el profesor Joseph Elsner; y, en ocasión de estar verificando un viaje por el extranjero, estalló súbitamente en Polonia la terrible revolución del 29 de Noviembre de 1830.

En esta época compuso sus "Polonesas," todas tan hermosas y tan descriptivas por su ideal tan elevado y poetizado. Siguiéron luego los "Preludios, Estudios Nocturnos, las Sonatas y los Conciertos."

Después de conocer á su amiga Jorge Sand, Chopin enfermó prontamente, pues el amor que sentía hacia la célebre escritora le era irresistible por inmenso.

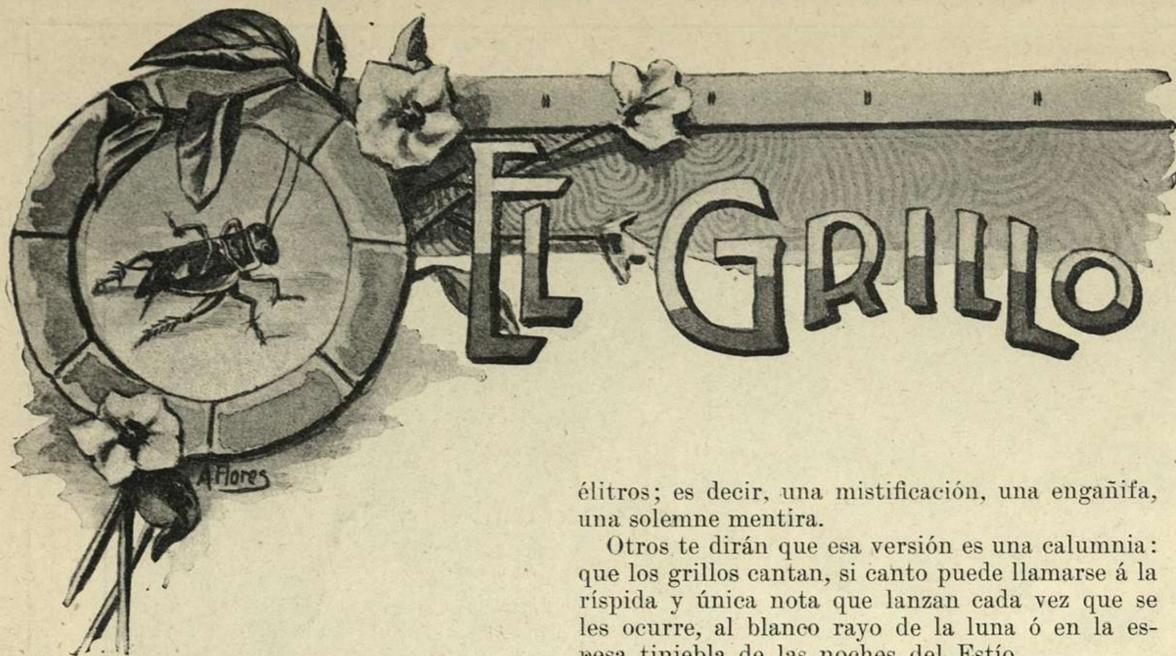
La enfermedad se agravó prontamente, y decidió hacer un largo viaje por España al objeto de procurar el restablecimiento de su salud, pasando por esa ciudad con dirección á la isla de Mallorca, punto elegido para el reposo deseado.

Mme. Sand, al saber la gravedad que iba adquiriendo la enfermedad de su amado, dirigióse rápidamente á Mallorca en busca de su querido amigo; mas Chopin sentíase cada vez más enfermo y delicado. En Vallde-mosa compuso el hermoso preludio en re b⁷ el cual representa el ruido que hacía la lluvia al caer sobre los vidrios de la sala donde él estaba escribiendo.

Chopin, sintiéndose más enfermo, abandonó rápidamente Mallorca, dirigiéndose con la Sand á París, en cuya capital espiró el año de 1849.



Pasage biblico.--I.a SAMARITANA.



Me preguntas, curiosa impenitente, por qué no hago ya estrofas, por qué no bordo ya versos... ¡Ay Blanca Rosa! ¡Tengo tantas razones!... "Este era un grillo"... Te voy a decir un cuento.

"Este era un grillo"... ¿Conoces tú a los grillos, mi rubia Blanca Rosa? Sí de seguro: los has visto serios, enlutados, con sus oscuros élitros que semejan la toga de un inmutable magistrado, ó la dalmática de un canónigo en día de muertos; con sus grandes ojos fijos, inmóviles, de penetradora mirada, y sus patas traseras parecidas á las piernas de un escueto lacayo... á mi me simpatizan los grillos. Sorprendo en ellos, á veces, actitudes de filósofos profundos: en otros, creo que son políticos furibundos que se disgañitan por hacerse oír, y cuando reunidos lanzan al aire, en las noches, su fanfarria estridente, en alegre estudiantina, y cantan y cantan hasta que llega la aurora huyendo entonces á dormir sin preocupaciones en el cubil oscuro, creo que son traviesos cursantes de Derecho Romano que han "corrido gallo," y entonces... hasta los quiero! Yo he sido estudiante, Blanca Rosa.

Y sin embargo; no hay animal más malamente clasificado, más enigmático y menos bien comprendido que el grillo...



Si á un naturalista le preguntas por este animalillo, te responderá que "es un insecto de la familia de los coleópteros, especie de los etc., etc..."

Si á una vieja mozigata, te dirá que es un animalillo acreedor de todas nuestras consideraciones porque acompañó cantando en la noche de su cautiverio al divino Jesús.

Pero ninguno te sabrá decir por qué los grillos cantan como cantan; desesperadamente, vibrando satisfechos la cuerda única de su pobre laúd. Al contrario; muchos de sus observadores te dirán que no es verdad el canto de los grillos; que ese canto no es otra cosa que el ruido arrancado por el frotamiento veloz de las patas sobre los

élitros; es decir, una mistificación, una engañifa, una solemne mentira.

Otros te dirán que esa versión es una calumnia: que los grillos cantan, si canto puede llamarse á la ríspida y única nota que lanzan cada vez que se les ocurre, al blanco rayo de la luna ó en la espesa tiniebla de las noches del Estío.

Los más profundos, los más juiciosos te dirán que la verdad es... que no se sabe si los grillos cantan ó no, y el porqué de sus arrebatos cantores. Y la razón es obvia:

"El mentir de las estrellas,
Es un seguro mentir,
Porque ninguna ha de ir
A preguntárselo á ellas."

Y bien: yo te voy á decir algo sobre el particular.

Este era un grillo: un hermoso y fuerte grillo, negro, de lustrosos élitros, ágiles movimientos, ojos de miope y que traía á la cola un espadín como el de Mephisto. Todo un guapo grillo que una noche en la que tu atento servidor buscaba con ahínco un rebelde consonante, péñola en ristre y con la cuartilla de papel, limpia aún enfrente, á la luz de mi veladora entró revoloteando por la abierta ventana y después de rezumar dando vueltas por el cuarto, cayó en mitad de la cuartilla destacándose como una tremenda mancha de tinta. Encogió el audáz los remos, plegó las alas, palpó el papel con las finas antenas, y concluyó por encararseme, mirándome de hito en hito.

Después de un momento de aquella mirada, llego á mis oídos una risita tipluda y burlona... Era el grillo, sí Blanca Rosa, era el grillo quien reía y quien acabó por decirme sarcásticamente:

—Buenas noches, poeta. . . buenas noches . . .

Sentía impulsos de aplastar al importuno: Me comprendió sin duda, pues me dijo:

—No te incomodes... vengo de muy lejos. . . vengo de cantar, allá en el campo, sendas secretas á Venus Véspera, empinado en la excitante flor de una espiga de maíz... Ví abierta al pasar tu ventana, y escapándose por ella un reguero de luz: y como la luz es mi obsesión, como me ciega y me atrae, como me quema y la adoro!

me colé de rondón y aquí me tienes. ¡Qué bella luz la de tu lámpara!

Una rápida inspiración detuvo en mis manos el libro alzado para desplomarlo sobre el intruso.

—¿Por qué cantan tanto los grillos?—le pregunté.

—Ohoóó... Tu pregunta es peregrina... ¡pero que espléndida luz la de tu lámpara!... pues verás: (y la notita ríspida y ároma del canto se dejó oír suavemente modulada) ¿Quién creerás tu que soy yó?... Pues yó soy tú... ¿te admiras?... espera... no precisamente tú... hablabas en sentido figurado... pero yo soy uno que como tú, fué poeta, soñador empedernido, amante

del símbolo, aventurero del ideal, idólatra de la rima hermosa que se despliega elegante, grácil, lumínea como el amplio olán de una aurora boreal... Con tu permiso me acerco á la luz... ¡es tan bonita!... (ric-ric-ric-ric.) Pero ¡ay! tú sabes que mucho nos creemos poetas y no lo somos: que otros los somos y no se nos cree... que en la ola crespada de la fama, hay quien domina y surge, quien flota nada más, y quien se sumerge y desaparece... Los primeros ¡qué pocos!... los segundos somos la mayoría, una mayoría de ambiciosos, de contumaces, de rebeldes, de inconvenientes, de engañados por nuestra propia convicción, que luchamos persiguiendo la quimera... ¡Pero qué hermosa es tu luz!... no oímos al que nos grita ¡tonto!; no entendemos sino á la voz de nuestra íntima convicción que nos dice para halagarnos "¡poeta!" "¡genio!"... tu verso... oro puro acuñado en imperial troquel..." Los últimos, los que naufragan, son aquellos que intentaron ir al Santo Graal, y al emprender el camino se les desplomó encima el orbe... son los olvidados, los que más filósofos, se resignaron y abandonaron el madrigal por el mostrador y el hexámetro por el arado... Los rebeldes, (ric-ric) los contumaces, no nos conformamos jamás con la derrota... ¡jamás! (ric-ric-ric-ric-ric). ¡Oh! luchamos y vivimos cantando, cantando perdurablemente... ¡Si queremos hacernos oír y no nos oyen!... Pero tu luz es fascinadora!... Y no nos oyen, pasamos sin hacer ruido como el espectro de Ellsinore, y sin embargo, cantamos... (ric-ric-ric) no quieren creer que somos poetas... Y la obsesión de la gloria alcanzada por los otros, nos persigue, nos hostiga, nos espolea... ¡tu luz es lo más bello que hay!... y cantamos siempre por alcanzarla... ric...-ric...-ric... y nos morimos cantando!

Nuestra más natural transfiguración ¿no te parece que debe ser en grillos? nos transfiguramos, pues, en lo que fuimos en vida; grillos; grillos que no se sabe si cantan ó si su canto es un ruido, una frotación desesperada de élitros... Y seguimos en nuestro nuevo sér, cantando, cantando siempre como unos poseídos... ric... ric... ric... y esto nos asesina!

Y mi grillo se precipitó á la flama; oí una crepitación rápida, acaso un grito, y cayó muerto...

Yo no sé que otra transfiguración emprendería.

Lo que sí sé, Blanca Rosa, es que desde entonces no hago versos... ¡Le tengo un horror á ser grillo!

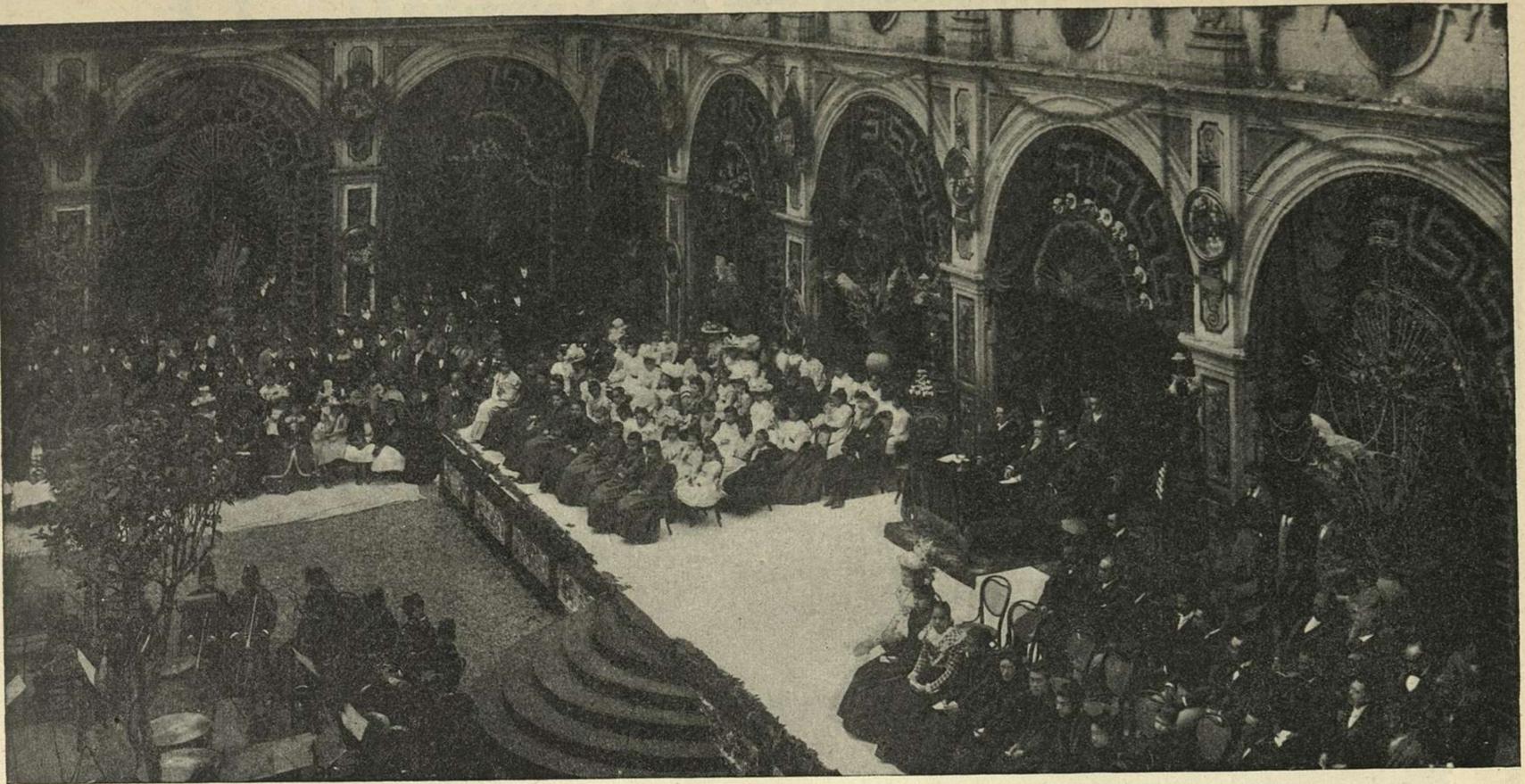
Estebán Maqueo Castellanos.

LA BALADA DE LA LLUVIA.

Rompe sus collares
De aceradas cuentas
La lluvia tediosa,
Y en tristes cantares
Y baladas lentas
Mi fastidio glosa.
Sus finos cabellos
Cuelgan en manojos
De alambres sutiles,
Y el dolor tras ellos
Húmedos los ojos
Muestra sus perfiles.
Echado en la alforabra
De oscuros florones
El lebrél bosteza,
Y su larga sombra
En los corazones
Tiende la tristeza.
Cuán tediosamente
Mi amargura lloras
En tu queja vana,
Y mustia y doliente
Las triviales horas
Tu rueca devana.

Finges con tus notas
Querellas extrañas,
Rezoes conventuales,
Y corren tu gotas
Cual grises arañas
Sobre los cristales.
Banal y porfiado
En la calle suena
Tu repique lento,
Y su són cansado
Traduce mi pena
Y mi aburrimiento.

Efrén Rebolledo.



5ª Exposición de Artefactos de los alumnos de la Escuela Industrial Militar "Porfirio Díaz."

NUESTROS GRABADOS

La educación de los bóeros.

Ha llamado mucho la atención, durante la guerra que actualmente sostienen Inglaterra y los bóeros, que estos últimos se hayan acreditado como magníficos tiradores, cualidad que ha costado bien caro á los ingleses, porque han perdido ameritados y valientes jefes de su ejército, sobre quienes han hecho tenáz puntería los enemigos.

La maestría en el manejo de las armas, es consecuencia forzosa del hábito, del ejercicio constante, y este punto está muy bien cuidado entre los educadores bóeros que enseñan á tirar al blanco á los niños desde su más temprana edad, según puede verse en el cuadro que reproducimos.

La mujer más nerviosa, nos decía un conocido tirador y Coronel del Ejército, el indígena más rudo, el hombre más pusilánime, están en aptitudes de llegar á ser magníficos tiradores, si se les sabe educar y se les sujeta á una práctica constante.

Los bóeros, que según parece, siempre se han ocupado en prepararse para la guerra, observan cuidadosamente esa enseñanza.

En el campamento inglés.

Una de las dificultades con que han tropezado

las fuerzas inglesas, ha sido las lluvias constantes que han caído sobre sus campamentos, ocasionando que los soldados enfermen, los aperos se maltraten y los viveres se descompongan. En cambio, gracias á esas lluvias, los campos están produciendo magníficos pastos.

Joahannesburg.

Damos hoy una vista de la mencionada ciudad, que es una de las más ricas del Transvaal, y que más violentos progresos ha realizado. Su población es numerosa, cuenta con magníficos recursos y los habitantes, en su mayoría, son blancos.

Kermesse en San Pedro (Coahuila).

La galante sociedad de aquella rica región algodонера, estuvo de plácemes en los días 4 y 5 del actual, con motivo de haberse organizado varias fiestas, cuyos productos se destinaron á beneficio del Hospital de Jesús.

Entre estas fiestas, á las que dió lugar la inauguración de la parte del edificio, cuyo construcción está terminada, fué la más sobresaliente una kermesse, en la que tomó parte lo más selecto de aquella sociedad.

Los puestos, que fueron numerosos y con adornos del mejor gusto, estuvieron servidos por las señoras y señoritas siguientes:

Señoritas Paz Corral, Sofía Ornelas, Octavia Benavides, Esther Díaz de León, María Medellín, María González, María Mijares, Domitila Valdés, Heladia Perchez, Paula Ruiz, Amalia Serrato, Elisa y Josefa Vargas, María Valdés, Esther Palacios, Pilar Ocadis, Sofía Zertuche, María Carmen Medina, Luisa Cervantes y María Zertuche.

La fiesta fué espléndida, y se colectaron para el Hospital más de \$800.

Las fotografías que hoy publicamos, las debemos á la bondad del señor O. W. Stephenson.

La Escuela Industrial "Porfirio Díaz".

Ya en nuestras ediciones diarias nos hemos ocupado con la extensión que merece, del importante plantel citado, que existe en la ciudad de Morelia, y al cual dispensa decidida y empeñosa protección el Gobierno de Michoacán.

Merced á ella y á la buena dirección del establecimiento, se han realizado allí rápidos progresos, que pudieron ser valuados públicamente en las últimas fiestas de Febrero, con motivo de la exposición de artefactos, debido á los alumnos, que se abrió en esos días. Nuestras ilustraciones dan idea de lo que es este edificio, y el aspecto que presentaba en el momento de la apertura solemne de dicha exposición.



Octavia Benavides, Paz Corral, Sofía Ornelas, Nazaria Rezendez, Juana A. Ramirez, Francisco Paz.

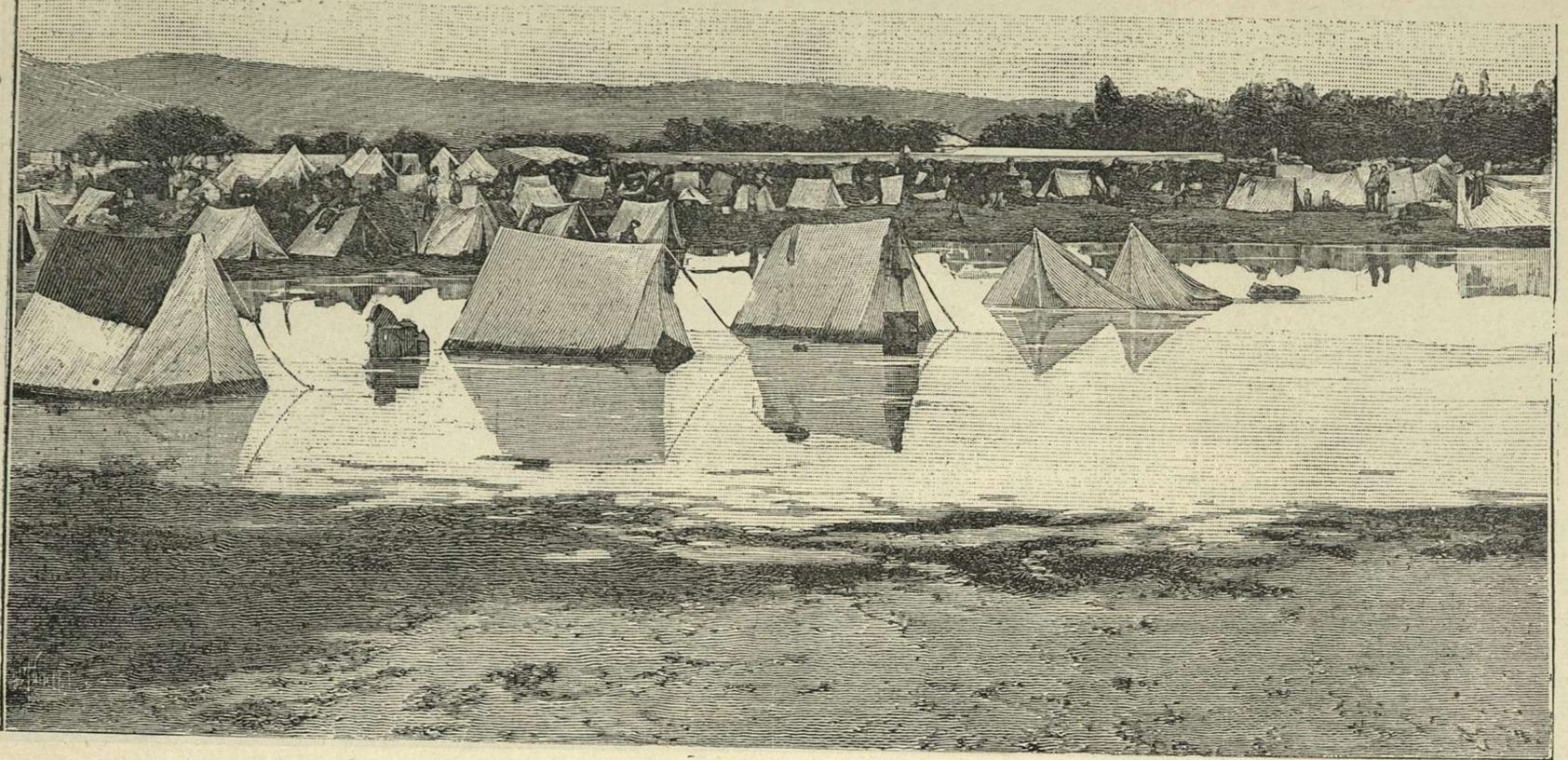


Srita. Nazaria Rezendez y Francisco Paz.

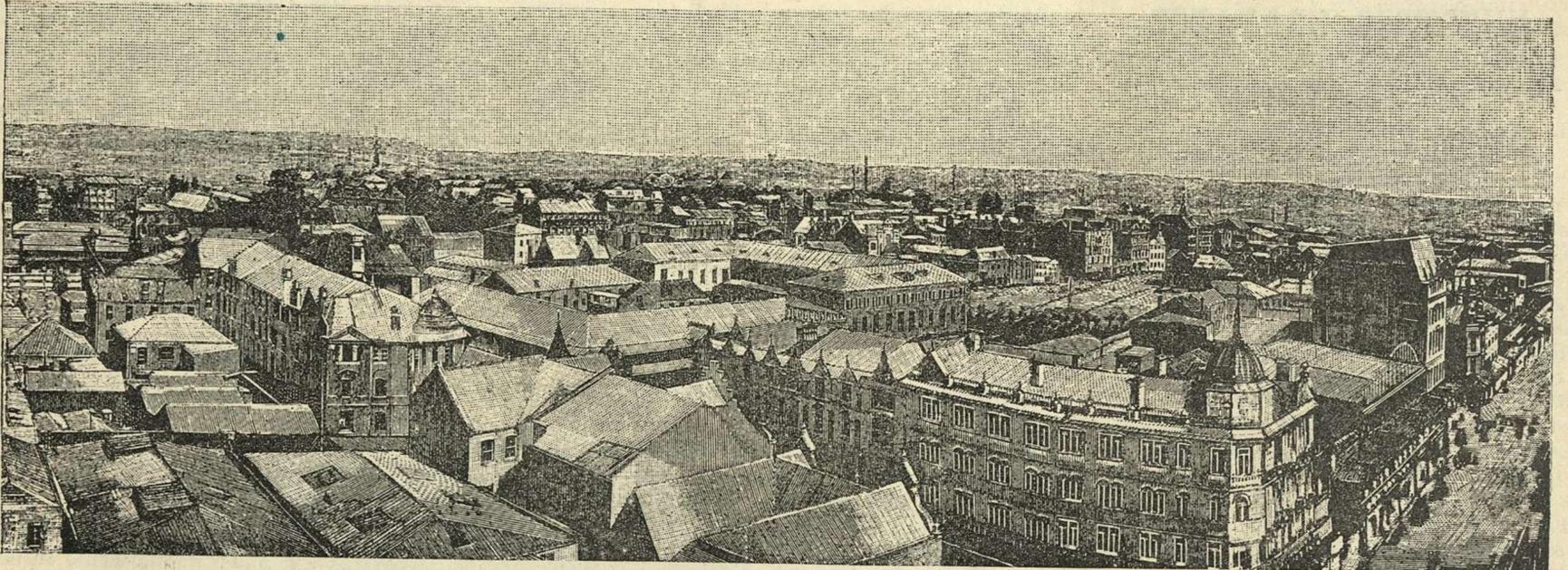


Delfina Espinoza, Dr. F. Ruiz, Trinidad Ramirez, G. B. de Mendoza, Cousuelo A. de Viesca, Luisa P. de Hernandez, Refugio M. de Medellin

LA GUERRA EN SUD-AFRICA.



Campamento inglés después de una tormenta.



Vista de Johannesburg, una de las más ricas ciudades de Sud-Africa.



Muchachos boeros ejercitándose en el tiro.